

Molière

Tartufo

PERSONAJES

LA SEÑORA PERNELLE, madre de Orgon.

ORGON, esposo de Elmira.

ELMIRA, mujer de Orgon.

DAMIS, hijo de Orgon.

MARIANA, hija de Orgon y amante de Valerio.

VALERIO, amante de Mariana.

CLEANTO, cuñado de Orgon.

TARTUFO, falso devoto.

DORINA, sirvienta de Mariana.

LEAL, alguacil.

UN EXENTO.

FLIPOTA, sirvienta de la señora Pernelle.

La acción transcurre en París.

ACTO PRIMERO

Escena I

PERNELLE, su sirvienta FLIPOTA, ELMIRA, MARIANA, DORINA, DAMIS, CLEANTO

PERNELLE: Vamos, Flipota, vamos que quiero librarme de ellos.

ELMIRA: Camináis a tal paso que cuesta trabajo seguiros.

PERNELLE: Dejad, nuera, dejad y no me acompañéis más allá; que no he menester tanta ceremonia.

ELMIRA: Justo es cumplir con lo que os es debido. Pero ¿por qué os marcháis tan presto, madre mía?

PERNELLE: Hallo insoportable ver cómo se gobierna esta casa, donde nadie se cuida de complacerme. Muy poco edificada salgo de aquí. Todas mis pláticas han sido desoídas; no se respeta nada; todos hablan a gritos; esto parece la corte del rey Pétaut.

DORINA: No obstante...

PERNELLE: Sois, amiga mía, una sirvienta un tanto deslenguada y asaz impertinente, amiga de entrometeros a dar vuestro consejo en todo.

DAMIS: Pero...

PERNELLE: Vos, hijo mío, sois un tonto listo y raso. Os lo digo yo, que soy vuestra abuela. Cien veces he predicho a mi hijo y padre vuestro, que tenéis toda la traza de un pícaro y no le daréis sino sinsabores.

MARIANA: Yo creo...

PERNELLE: Mucho os gusta hacer la discreta, nieta mía. Tan melosa parecéis que empalagáis. Pero bien se dice que no conviene fiar del agua mansa, y tenéis, para vuestro sayo, unas inclinaciones que aborrezco.

ELMIRA: Sin embargo, madre mía...

PERNELLE: No os molestéis en argumentos, nuera; vuestra conducta es mala en todo. Debierais dar ejemplo a estos jóvenes, según lo hacía, y mucho mejor que vos, su difunta madre. Sois manirrota, hija, y me hiere veros vestida como una princesa. La que quiere agradar sólo a su marido no necesita de tanto aderezo.

CLEANTO: Después de todo, señora...

PERNELLE: Escuchad, señor hermano de mi nuera: os estimo mucho, os quiero y os respeto; pero si fuera esposa de mi hijo, os rogaría con ahínco que no vinierais a esta casa. No hacéis sino predicar máximas de vida que nunca deben seguir las gentes honradas. Os hablo con alguna franqueza, mas soy así y no gusto de tragarme las palabras.

DAMIS: En trueque, el señor Tartufo es muy aventajado a vuestros ojos...

PERNELLE: Sí; es hombre de bien y merecedor de ser oído, y no puedo tolerar sin encolerizarme que le critique un bobo como vos.

DAMIS: ¿Acaso voy a tolerar que un hipócrita redomado como ése venga a ejercer en nuestra casa un poder tiránico, sin poder ocuparnos en nada si ese buen señor no se digna consentirlo?

DORINA: Si fuéramos a escuchar y creer sus máximas, no se podría hacer nada sin cometer un crimen, porque ese celoso criticón métese en todo.

PERNELLE: Bien metido está en cuanto se mete, porque pretende conducirnos por el camino del Cielo. Mi hijo debía induciros a que le amaseis.

DAMIS: No hay, abuela, padre ni nadie que pueda obligarme a quererle. Hablando

de otro modo traicionaría lo que siento. Su forma de obrar me enoja y preveo que acabaré teniendo algo muy soñado con él.

DORINA: Como que es cosa que escandaliza ver a un desconocido hacerse dueño de la casa propia. Mucho enfada que un pordiosero que no traía ni zapatos cuando vino, y toda cuya ropa no valía seis dineros, llegue a olvidar quién es y procure contrariarlo todo y obrar como señor.

PERNELLE: Mucho mejor iría esta casa si las cosas discurriesen según sus pías disposiciones.

DORINA: Vos le juzgáis un santo, pero creedme que toda su conducta es hipocresía.

PERNELLE: ¡Tened la lengua!

DORINA: Pues yo, ni en él ni su Lorenzo querría fiar a no ser con garantía muy buena.

PERNELLE: Desconozco lo que pueda ser el sirviente; pero abono al señor por hombre de bien. Le queréis mal y le rechazáis porque os dice las verdades a todos; mas su corazón no se enfurece sino contra el pecado y sólo el interés del Cielo le impulsa.

DORINA: Bueno; pero ¿por qué, sobre todo de algún tiempo a esta parte, no quiere tolerar que nadie frecuente la casa? ¿Qué mal causa al Cielo una visita honrada y a qué bueno ha de quebrarnos la cabeza el señor Tartufo con los escándalos que arma en esas ocasiones? ¿Queréis que me explique en confianza? Pues creo que tiene celos de ver agasajada a la señora.

PERNELLE: Callad y meditad mejor lo que decís. No es él quien censura tales visitas. El aparato que acompaña a las gentes que aquí acuden, las carrozas plantadas sin cesar a la puerta y tanta reunión de bulliciosos lacayos causan deplorable ruido en la vecindad. No creo que en el fondo suceda nada; mas se habla de ello y eso no es conveniente.

CLEANTO: ¿Queréis impedir que se hable, señora? Torpe cosa sería en la vida renunciar a los mejores amigos por miedo a los discursos necios. Y, aun de resolverse a hacerlo, ¿creéis que así se obligaría a la gente a callar? Contra la maledicencia no hay baluarte. No pensemos, pues, en los chismes sandios; vivamos inocentemente y dejemos plena licencia a los murmuradores.

DORINA: ¿No serán nuestra vecina Dafne y su maridito quiénes hablan mal de nosotros? Aquellos de más reprehensible comportamiento son siempre los primeros en calumniar y nunca dejan de asir con presteza la menor apariencia de simpatía entre sus prójimos para sembrar la noticia con regocijo, dándole el sesgo que quieren que se crea. Tiñendo con colores propios los actos ajenos, piensan autorizar los suyos en el mundo, y, so falsa esperanza de alguna similitud, procuran hacer inocentes las intrigas que tienen ellos, cuando no llevar a compartir a los demás las públicas acusaciones de que ellos están bien cargados.

PERNELLE: No vienen aquí a colación esas razones. Notorio es que orante lleva una vida ejemplar y no piensa sino en el Cielo; y he sabido por ciertas personas que condena mucho la vida que se hace en esta casa.

DORINA: ¡Admirable ejemplo y buena dama! Cierto es que vive con austeridad; pero son los años los que han puesto en su alma ese ardiente celo. Es recatada en cuanto a su cuerpo, pero mientras ha podido atraer los homenajes de los corazones ha gozado mucho de sus ventajas. Ahora, cuando sus ojos pierden el brillo y el mundo la abandona, quiere renunciar a él y, con el pomposo velo de una gran modestia, disfrazar la aridez de sus

marchitos encantos. Así suelen hacer las coquetas al verse abandonadas por sus galanes. En tal abandono, su sombría inquietud no ve salida sino en el oficio de gazmoña, y la severidad de tan honradas mujeres todo lo censura entonces, sin perdonar nada. Critican en voz alta la vida de todos, no por caridad, sino por envidia, porque no sufren que otras tengan los placeres de que a ellas les ha privado la edad.

PERNELLE: Cuentos que decís, porque os convienen. ¿Sabéis, nuera, que en vuestra casa no hay más remedio que callar, puesto que la señora charlatana no suelta la plática de la mano? Pero también yo razonaré, y os digo que mi hijo no ha hecho cosa más prudente que recoger en su casa a ese hombre, devoto, a quien ha enviado el Cielo para enderezar vuestros extraviados espíritus; que debéis escucharle en bien de vuestra salvación; y que nada él reprende que no merezca ser reprendido. Esas visitas, conversaciones y bailes son inventos del espíritu, maligno. Nunca ahí se escuchan palabras piadosas, sino discursos ociosos, canciones y nonadas, sin contar cuando también se critica al prójimo y se calumnia Dios sabe a quién. A las gentes sensatas túrbales la mente la confusión de tales reuniones, donde se componen, mil hablillas en un instante. Bien opinaba el otro día un doctor que esas asambleas son como la torre de Babel, porque todos hablan en ellas hasta no poder más; y para contar la historia, desde su principio, diré... Mas veo que ya ríe aquel señor. Id, id a buscar a esos sandios que tanto placer os causan, y no... Pero adiós, nuera: no quiero decir más. Sabed tan sólo que desde hoy estimo esta casa en la mitad y que habrá llovido cuando yo ponga el pie en ella. (*Dirigiéndose a FLIPOTA, a quien da un bofetón*). Vamos, dejaos de soñar mirando a las musarañas. ¡Por Dios que os sabré calentar las orejas! Vámonos, sucia, vámonos.

Escena II

CLEANTO, DORINA

CLEANTO: No quiero salir, no vaya a reprenderme mas, porque esa buena mujer...

DORINA: ¡Lástima que no os oiga hablar así! Pronto os diría que fueseis con Dios; que no tiene ella edad para darle tal nombre.

CLEANTO: ¡Cómo se ha enojado con nosotros por nada y qué empecatada está con su Tartufo!

DORINA: Pues todo eso no es nada comparándolo con lo del hijo. Si le vieseis diríais que él era harto peor. Nuestras inquietudes habíanle hecho ser sesudo y mostró, ha tiempo, valor sirviendo a su príncipe. Mas ahora se ha vuelto como bobo desde que anda encaprichado con ese Tartufo. Llámale su hermano; quiérole de corazón cien veces más que a su madre, hijo, hija y mujer; hácele único confidente de todos sus secretos y prudente director de sus actos; le distingue, le halaga y tiene más ternura con él que con una amante. En la mesa le sienta en lugar eminente, le ve con alegría comer por seis, le cede los mejores bocados y si le oye regoldar dícele: «Dios os ayude». Está como loco; Tartufo es su héroe, su no hay más; le admira en todas sus cosas, le cita a cuento de todo; sus actos menores le parecen milagro, y oráculos cuantas palabras dice. Tartufo conoce a quien engaña, aprovechase ofuscándole con cien apariencias y con su hipocresía le saca sumas a toda hora, adquiriendo además el derecho de censurarnos a todos. Hasta el necio que le sirve de espolique se mezcla a sermonearnos, nos mira con ojos fieros, y nos tira nuestros lazos,

carmín y lunares postizos. El otro día el traidor rompiónos con sus propias manos un pañuelo que halló en una «Flor de los Santos», diciéndonos que cometíamos espantoso crimen mezclando adornos diabólicos con la santidad.

Escena III

ELMIRA, DAMIS, CLEANTO, DORINA

ELMIRA: Felices habéis sido de no escuchar los discursos que nos ha hecho en la puerta. Pero he visto a mi marido llegar, y como él no me ha visto a mí, voy a subir a esperarle en mi estancia.

CLEANTO: Yo le aguardaré aquí para entretenerme menos; no haré sino darle los buenos días.

DAMIS: Habladle algo del casamiento de mi hermana. Sospecho que Tartufo se opone a su ejecución y que obliga a mi padre a apelar a muchas argucias para lograrlo. Ya sabéis cuanto interés tomó en ello. Así como un mismo ardor inflama el corazón de mi hermana y el de Valerio, conoces lo cara que me es la hermana de este amigo, y, a ser menester...

DORINA: Ya entra.

Escena IV

ORGON, CLEANTO, DORINA

ORGON: Buenos días, hermano.

CLEANTO: Ahora salía yo; alegróme de veros volver, en este tiempo la campiña no está muy floreciente.

ORGON: Dorina... Os ruego que esperéis, cuñado. Permitidme que, para salir de inquietudes, me informe de las noticias de casa. ¿Han pasado bien estos dos días? ¿Qué ha habido en la familia y cómo andan todos?

DORINA: La señora anteayer, estuvo con fiebre hasta la noche y con un dolor de cabeza como no podéis imaginaros.

ORGON: ¿Y Tartufo?

DORINA: ¿Tartufo? Muy bien. Gordo y lucido, con buen color y la boca muy encarnada.

ORGON: ¡Pobre hombre!

DORINA: Por la noche la señora no pudo probar la cena. ¡Le dolía la cabeza tanto!

ORGON: ¿Y Tartufo?

DORINA: Comió solo, delante de vuestra esposa, y engulló muy devotamente dos perdices y media pierna de carnero en salsa.

ORGON: ¡Pobre hombre!

DORINA: Vuestra esposa pasó toda la noche sin poder cerrar los párpados. La calentura impedíale dormir y hubimos de velarla hasta el alba.

ORGON: ¿Y Tartufo?

DORINA: Tartufo, tomando de un grato sueño, fuese a su alcoba al levantarse de la mesa, metióse en su lecho bien caliente y durmió de un tirón hasta la mañana.

ORGON: ¡Pobre hombre!

DORINA: Vuestra esposa, ganada al fin por nuestras razones, consintió en sufrir una sangría y el alivio se siguió muy luego.

ORGON: ¿Y Tartufo?

DORINA: Armándose de valor como conviene y fortificando su alma contra todo mal, reparó la sangre perdida por la señora bebiendo en el desayuno cuatro copas grandes de vino.

ORGON: ¡Pobre hombre!

DORINA: En resumen, los dos están bien. Me adelanto a anunciar a la señora cuánto celebráis su convalecencia.

Escena V

ORGON, CLEANTO

CLEANTO: Dorina, hermano, se ha burlado de vos en vuestras barbas y, sin querer enojaros, os digo con franqueza que tiene razón. ¿Se ha visto alguna vez capricho semejante? ¿Es posible que haya un hombre con un poder mágico tal como para haceros olvidar todo por él? Un hombre que, tras reparar en vuestra casa todas sus miserias, llega al punto...

ORGON: Alto ahí, hermano. No conocéis a aquel de quien habláis.

CLEANTO: Puesto que así lo queréis, confieso que no le conozco, pero para saber qué clase de hombre es...

ORGON: Os encantaría conocerlo. Sí; infinito sería vuestro arrobamiento. Es un hombre que..., un hombre, ¡ah!, un hombre... En fin, es un hombre. El que se instruye bien de sus lecciones goza de paz profunda. Mira a todos como si fuesen despreciable estiércol. Merced a sus pláticas, me he trocado en otro del que era. Él me ha enseñado a no tener afecto por nadie, ha apartado mi alma de toda amistad, y tanto es así, que si yo viese morir a mi hermano, hijos, madre y esposa, no me curaría de ello.

CLEANTO: ¡Humanos sentimientos, cuñado!

ORGON: Si hubieses visto cómo conocí a Tartufo habríais tenido por él la amistad que yo. A diario iba a la iglesia, con benigno talante, prosternábase frente a mí, doblando entrambas rodillas, y atraía los ojos de toda la congregación por el fervor con que elevaba a Dios sus plegarias. Exhalaba suspiros, ponía los brazos en cruz y a cada momento besaba humildemente la tierra. Cuando yo salía, adelantábase presto para ofrecerme agua bendita. Instruido por su mozo (*que le imitaba en todo*) de lo que era aquel hombre y de su inteligencia, hícele dones, mas él, modesto, siempre quería devolverme una parte. «Es demasiado (*decía*), es excesivo en la mitad. Y no merezco vuestra compasión». Y si yo me negaba a tomarle el dinero, acudía a los pobres y lo distribuía entre ellos ante mis ojos. Al fin el Cielo llevóle a acogerse en mi casa y desde entonces todo parece prosperar en ella. Repréndelo todo, y respecto a mi mujer tómake extremo interés por mi honor, advirtiéndome de cuales gentes la miran con ojos dulces y mostrándose seis veces más celoso que yo. No podéis creer a dónde llega su celo; acúsase de pecado a la menor nonada; escandalízale cualquier menudencia, y ha pocos días vino a culparse de haber apesadado una pulga estando en oración y matádola con excesiva cólera.

CLEANTO: ¡Pardiez, hermano mío, que debéis haber perdido el seso! ¿Os mofáis

de mí con tales discursos y creéis que todas esas ficciones...?

ORGON: Vuestro discurso, hermano, huele a libertinaje. Tenéis el alma un tanto corrompida y, según os he predicado lo menos diez veces, vais a atraeros algún mal recado.

CLEANTO: Cuantos son como vos razonan lo mismo, porque quieren que todos sean ciegos, al igual que ellos. Tener buenos ojos es ser libertino y el no reverenciar vanas afectaciones es carecer de respeto y fe por las cosas sagradas. Pero vuestros discursos no me amedrentan; que sé lo que digo y el Cielo ve en mi corazón. No hay por qué ser esclavos de esos fingidores, que hay tantos falsos devotos como falsos valientes, y así como no se ve qué, allí donde el honor los conduce, los verdaderos valientes sean los que más bullicio hacen, así los buenos y verdaderos devotos, merecedores de que se sigan sus huellas, no son los que tanto gesticulan. ¿Acaso no distinguís entre la devoción y la hipocresía? ¿Queréis tratarlas a ambas con igual idioma y rendir el mismo honor a la máscara que al rostro, igualar el artificio a la sinceridad, confundir las apariencias con las verdades, estimar al fantasma como, a la persona y a la moneda falsa como a la buena? ¡Cuán singulares son los más de los hombres! Jamás se les ve en lo justo; la razón tiene para ellos límites angostos, que rebasan en todo sentido, dañando a menudo la cosa más noble por quererla exceder y llevarla demasiado adelante. Dígoos esto sólo de pasada, cuñado.

ORGON: Sin duda sois vos un doctor venerando, a quien ha sido otorgado todo el saber del mundo. Vos sois el único sabio y el único ilustrado, un oráculo y Catón de nuestro siglo, y a vuestro lado los hombres todos son necios.

CLEANTO: No soy, hermano, un doctor venerando, ni me ha sido otorgado todo el saber del mundo; mas, al cabo, tengo por toda ciencia saber diferenciar lo falso de lo verdadero, y como no veo género de héroes más admirables que los devotos perfectos, ni cosa más noble y hermosa en el mundo que el santo fervor de un verdadero celo, tampoco veo nada. Más odioso que el exterior blanqueado de un celo espacioso. Hablo de esos charlatanes sueltos, de esos devotos de plazuela cuya farsa sacrílega y engañadora abusa impunemente y se burla a su grado de cuanto más sacrosanto tienen los mortales. Pues son gentes aquellas que, con alma sometida al interés, hacen de la devoción oficio y granjerías, queriendo comprar créditos y dignidades a costa de mucho bajar de ojos y mucho afectado fervor. Refiérome a esas personas que con descomunal ardor corren por el camino del Cielo hacia su fortuna, pidiendo cosas a diario, implorantes y acalorados; predicando el retirarse, mas a la corte, ajustando su celo con sus vicios; mostrándose prontos, vindicativos, de mala fe, artificiosos; cubriendo insolentemente con el interés del Cielo su fiero resentimiento cuando quieren perder a alguien; siendo tanto más peligrosos en su áspera cólera cuanto que usan contra nosotros armas que reverenciamos, y en su pasión quieren asesinarlos con un hierro sagrado. De carácter tan falso, vense aparecer hartos hombres; mas los devotos de corazón son fáciles de conocer. Nuestro siglo, hermano, expone a nuestros ojos quienes pueden servirnos de gloriosos ejemplos. Mirad a Periandro y Ariston, a Orente, Alcidas, Polidoro y Clitandro. A estos nadie les discute sus títulos; no son fanfarrones de la virtud; no se ve en ellos una vanidad insoportable, y su devoción es humana y natural. Porque no censuran todos nuestros actos, hallando exceso de orgullo en tales represiones, y dejan a otros las palabras duras, reprendiendo nuestras acciones con las suyas propias. Dan poco apoyo a las apariencias del mal y su alma se inclina a juzgar bien al prójimo. No hay en ellos cábalas ni intrigas, ocúpanse con cuidado en vivir bien, jamás se encarnizan contra el pecador y dirigen su odio tan sólo al pecado. Nunca, con exceso de celo, quieren tomar los intereses del Cielo con más empeño que el Cielo mismo.

Esos devotos son los míos, es así como debe obrarse, ése es el ejemplo que debe proponerse. Y, en verdad, vuestro hombre no es de tal modelo y, si bien loáis de buena fe su fervor, os creo deslumbrado por un falso brillo.

ORGON: Mi querido señor y cuñado, ¿habéis concluido?

CLEANTO: Sí.

ORGON: Soy vuestro servidor. (*Hace ademán de irse*).

CLEANTO: Una palabra más, hermano; os lo ruego. Dejemos esta conversación y decidme: ¿sabéis que Valerio ha recibido vuestra palabra de que casara con vuestra hija?

ORGON: Sí.

CLEANTO: ¿Os habéis inclinado a consentir en ese dulce vínculo?

ORGON: Es verdad.

CLEANTO: Pues, ¿por qué diferir la ceremonia?

ORGON: No lo sé.

CLEANTO: ¿Tenéis otra idea en la cabeza?

ORGON: Puede ser.

CLEANTO: ¿Queréis faltar a la fe prometida?

ORGON: No he dicho eso.

CLEANTO: Creo que ningún obstáculo impide el cumplimiento de vuestra promesa.

ORGON: Según.

CLEANTO: ¿Tanto cumplido hace falta para decir una palabra? Valerio me ha pedido que os visitara sobre el asunto.

ORGON: ¡Loado sea Dios!

CLEANTO: ¿Qué debo decirle?

ORGON: Lo que os plazca.

CLEANTO: Pero es menester conocer vuestros designios. ¿Cuáles son?

ORGON: Los que el Cielo disponga.

CLEANTO: Hablemos claramente. Valerio tiene vuestra palabra. ¿La cumpliréis o no?

ORGON: Adiós.

CLEANTO (*Solo.*): Temo una desgracia para el amor de Valerio y debo advertirle de cuanto pasa.

ACTO SEGUNDO

Escena I

ORGON, MARIANA

ORGON: Mariana...

MARIANA: ¿Padre?

ORGON: Acercaos, que he de comunicaros una cosa en secreto.

MARIANA: ¿Qué miráis?

ORGON (*que se ha asomado a un cuartito lateral*): Miro si no habrá ahí alguien que nos oiga, porque ese gabinetito es propicio para escuchar. Pero no hay nadie. Yo, Mariana, os he reconocido siempre un carácter muy dulce y siempre me habéis sido muy querida.

MARIANA: Muy obligada estoy a ese amor paterno.

ORGON: Bien dicho, hija. Y para merecerlo sólo es menester que me contentéis.

MARIANA: En ello cifro mi gloria más alta.

ORGON: Muy bien. ¿Qué me decís de Tartufo, nuestro huésped?

MARIANA: ¿Yo?

ORGON: Vos. Ved bien lo que me respondéis.

MARIANA: Yo diré cuanto vos queréis.

ORGON: Eso es hablar con discreción. (**DORINA** *entra en este momento sin hacer ruido y se sitúa detrás de ORGON*): Decid, pues, hija, que toda la persona de ese hombre resplandece de elevado mérito, que él conmueve vuestro corazón y que os sería dulce verle, por mi elección, trocado en vuestro esposo.

MARIANA (*Retrocediendo, con asombro*): ¿Eh?

ORGON: ¿Qué decís?

MARIANA: ¿He comprendido mal?

ORGON: ¿Cómo?

MARIANA: ¿Quién queréis, padre, que diga que me conmueve el corazón y que me sería dulce verle, por vuestra elección, trocado en mi esposo?

ORGON: Tartufo.

MARIANA: Os juro, padre mío, que no hay nada de eso. ¿Por qué hacerme decir tal impostura?

ORGON: Yo quiero que sea una verdad y para vos debe bastar que yo lo disponga.

MARIANA: ¿Cómo? ¿Queréis, padre mío...?

ORGON: Sí, hija. Pretendo, casándote con él, unir a Tartufo a nuestra familia. He resuelto que sea tu esposo, y como yo tengo sobre tus deseos... (*Se interrumpe al reparar en DORINA*).

Escena II

ORGON, DORINA

ORGON: ¿Qué hacéis ahí? Muy fuerte es, amiga mía, la curiosidad que os impulsa cuando habéis venido a escuchar de esa suerte.

DORINA: En verdad no sé si es rumor que parte de alguna conjetura o de mera

casualidad; pero se me han dado nuevas de ese casamiento y lo he tratado de pura invención.

ORGON: ¿Acaso es cosa increíble?

DORINA: A tal punto que ni a vos mismo os creo, señor.

ORGON: Yo sé el medio de hacérselo creer.

DORINA: ¡Bah, bah! Vos nos contáis un cuento divertido.

ORGON: Cuento justamente lo que se verá pronto.

DORINA: ¡Historias!

ORGON: Créeme, hija mía, que no me chanco.

DORINA: No creéis a vuestro padre. Se mofa.

ORGON: Os digo ...

DORINA: No se os creerá, por mucho que lo digáis.

ORGON: Pero mi enojo probará...

DORINA: Peor para vos si se os cree, señor. ¿Es posible que con esa cara de hombre discreto y esa barba tan grande seáis lo bastante loco para pretender...?

ORGON: Escuchad, amiga: os habéis tornado en esta casa ciertas libertades que no me petan.

DORINA: Hablemos sin enfadarnos, señor: os lo ruego. ¿Queréis, con esa intención, burlaros de la gente? Vuestra hija no puede ser para un gazmoño hipócrita. En otras cosas tiene ese hombre que pensar. Y, además, ¿qué ganáis con ese enlace? ¿A qué viene, con tanta hacienda como poseéis, elegir un yerno pordiosero?

ORGON: Callaos. Si Tartufo no posee nada, sabed que por eso mismo merece reverencia. Su miseria es miseria honrada, que le eleva por encima de las grandezas, ya que, al cabo, se ha dejado privar de sus bienes por su despego de las cosas temporales y su mucha inclinación a las eternas. A más, mi socorro podré darle medios de salir de embarazos y recobrar su hacienda, que consiste en señoríos a buen título renombrados en su país. Sabed que, ahí donde le veis, es muy gentilhomme.

DORINA: Sí, eso dice él, y por cierto que vanidad semejante no casa bien, señor, con la piedad. Quien abraza la inocencia de una vida santa no debe alardear tanto de nombre y nacimiento, pues las humildes maneras de la devoción no sufren semejantes esplendores ambiciosos. ¿A qué ese orgullo...? Mas ya veo que este discurso os lastima, y así, dejando la nobleza de Tartufo, pasemos a su persona. ¿Haréis poseedor a un hombre como él de una joven como ésta? ¿No pensáis en las inconveniencias ni prevéis los resultados de esta unión? Sabed que se pone en riesgo la virtud de una mujer cuando se combate su inclinación en materia de matrimonio; que el designio de vivir como esposa honesta depende de las cualidades del marido que se le da; y que aquellos de quienes se habla llevándose los dedos a la frente, han hecho a sus mujeres lo que ellas son. Porque es muy difícil guardar fidelidad a cierta clase de maridos, y quien da su hija a un hombre al que ella aborrece es responsable ante el Cielo de las faltas que de casada cometa. Pensad, pues, en los riesgos a que os expone vuestro designio.

ORGON: Ya veo que esta moza quiere enseñarme a vivir.

DORINA: No haríais sino muy bien siguiendo mis lecciones.

ORGON: No perdamos tiempo, hija, con estos cuentos. Yo sé lo que os conviene y soy vuestro padre. Os he prometido a Valerio, mas, fuera de que se dice que es inclinado a jugar, le sospecho un tanto libertino y no noto que frecuente las iglesias.

DORINA: ¿Queréis que vaya a las mismas horas que vos, como los que sólo van para que se les vea?

ORGON: No he solicitado vuestro, consejo. Con la ayuda del Cielo, el otro esposo que os doy, hija, es una riqueza incomparable. Ese casamiento colmará de bienes todos vuestros deseos. Tartufo rebosará satisfacciones y dulzura y entrambos viviréis juntos, fieles en vuestro ardor, como dos tortolillos o dos niños. Jamás tendréis ninguna desastrosa querella y vos haréis de ese hombre cuanto queráis.

DORINA: Lo que os aseguro que le haré es engañarlo.

ORGON: ¡Oh! ¡Qué expresiones!

DORINA: Tiene traza cabal de ello; y su estrella, señor, podrá más que toda la virtud de vuestra hija.

ORGON: Dejad de interrumpirme, callaos, y no metáis la nariz donde no os llaman.

DORINA: Sólo hablo por vuestro interés, señor.

(Desde este momento le interrumpe cada vez que él va a hablar a su hija).

ORGON: No os tomáis tanto cuidado y hacedme el servicio de callar.

DORINA: Si no os estimase...

ORGON: No deseo que me estimen.

DORINA: Pues yo quiero estimaros, señor, a pesar de vos mismo.

ORGON: ¡Oh!

DORINA: Vuestro honor me es caro y no puedo sufrir verlo expuesto a las mofas de cualquiera.

ORGON: ¿Callaréis?

DORINA: Es cargo de conciencia dejaros contraer tal alianza.

ORGON: ¿Callarás, serpiente; callarás, grandísima desvergonzada?

DORINA: ¿Devoto sois y os arrebatáis?

ORGON: Tanto zaherirme me revuelve la bilis. Quiero decididamente que calles.

DORINA: Callaré. Pero no por callar dejaré de pensar lo mismo.

ORGON: Piensa lo que quieras, mas cuídate de no hablar, o... ¡Basta! *(Se vuelve a su hija)*. He pensado maduramente todas estas cosas, como hombre de seso.

DORINA: Me desesperaba no poder hablar. *(Se calla cada vez que ORGON vuelve la cabeza)*.

ORCON: Sin ser un lindo, Tartufo es de tal suerte...

DORINA: Sí, tiene buena jeta.

ORGON: Que aun cuando tú no simpatizases con todos sus otros dones ...

DORINA: ¡Hela aquí muy bien servida! Como yo estuviera en su lugar, a buen seguro que no habría hombre que me casara impunemente a la fuerza. Sí; que no tardaría en hacerlo ver, harto presto después de la boda, que una mujer siempre tiene la venganza en la mano.

ORGON *(Volviéndose, cruzándose de brazos y mirándola):* ¿Qué? ¿No se hará caso de lo que yo digo?

DORINA: ¿De qué os quejáis? No hablo.

ORGON: ¿Pues qué es lo que haces?

DORINA: Hablo sola.

ORGON: Tan extrema insolencia requiere como castigo un buen revés de la mano. *(Toma la actitud de Ir a darle una bofetada. DORINA, a cada mirada que él le dirige, se mantiene silenciosa. ORGON se vuelve hacia su hija)*. Debes, hija mía, aprobar mi designio y creer que el marido que te he elegido... *(A DORINA)* ¿Qué? ¿No hablas?

DORINA: No tengo nada que decirme.

ORGON: Ea, una palabrita.

DORINA: No se me antoja.

ORGON: Ahí te esperaba, para... (*La amenaza*).

DORINA: Siendo así, ¿qué tonta hubiese hablado?

ORGON (A MARIANA): En fin, hija mía: has de obedecerme y mostrar entera deferencia a tal elección.

DORINA: No sería yo quien tomase tal esposo. (*ORGON le dirige una bofetada. DORINA huye*).

ORGON: Hija, tenéis con vos una peste a cuyo lado me sería imposible vivir sin pecar. Ahora siéntome incapaz de proseguir, porque tan insolentes discursos me han calentado el ánimo y voy a tomar el aire para sosegarme un poco.

Escena III

DORINA, MARIANA

DORINA: Decidme, ¿habéis perdido el uso de la lengua y he de desempeñar yo vuestro papel? ¿Cómo sufrís que se os proponga tan insensato proyecto sin rechazarlo ni con la menor palabra?

MARIANA: ¿Qué quieres que haga contra un padre tan absoluto?

DORINA: Lo necesario para detener tal amenaza.

MARIANA: ¿Y qué es?

DORINA: Decir que los corazones no aman por los del prójimo; que os casáis para vos y no para él; que puesto que el asunto es cosa vuestra, es a vos y no a vuestro padre a quien debe complacer vuestro marido; y, en fin, que si tan encantador es para él su Tartufo, bien puede casarse con él, sin que nadie se lo estorbe.

MARIANA: Confieso que un padre tiene sobre nosotros tanto imperio que no he hallado fuerzas para decir nada.

DORINA: Razonemos. Valerio ha dado pasos por vos. ¿Le amáis o no le amáis? Decidme.

MARIANA: ¡Cuán grande es tu injusticia hacia mi amor! ¡Hacerme tú esa pregunta, Dorina! ¿No te he abierto mi corazón cien veces y no salbes por él hasta dónde llega mi llama?

DORINA: ¿Qué sé yo si vuestro corazón ha hablado por vuestra boca y si ese amante os conmueve en efecto?

MARIANA: Grande agravio me haces dudando; Dorina; que harto has oído declararte mis sentimientos.

DORINA: ¿Amáis a Valerio, en resumen?

MARIANA: Sí, y con fervor extremo.

DORINA: Y según las apariencias, ¿él os ama igual?

MARIANA: Así lo creo.

DORINA: ¿Y los dos ardéis en el mismo deseo de veros casados?

MARIANA: Con certeza.

DORINA: ¿Y cuál es vuestro propósito sobre esta otra unión?

MARIANA: Darme la muerte si se me violenta.

DORINA: ¡Gran ocurrencia! Recurso es en que yo no pensaba. Bastaos morir para salir de embarazos. El remedio es maravilloso, a no dudarlo. ¡Cuánto me enoja a esa clase

de razones!

MARIANA: ¡De qué humor te pones, Dorina! No te compadeces de los sinsabores de la gente.

DORINA: No me compadezco de quien dice bobadas y se ablanda cuando llega la ocasión.

MARIANA: Si soy tímida, ¿qué quieres?

DORINA: El amor exige firmeza a los corazones.

MARIANA: ¿No he de esperar nada del fervor de Valerio? ¿No es a él a quien corresponde obtenerme de mi padre?

DORINA: Pero si vuestro padre es un testarudo de solemnidad, enteramente obstinado con su Tartufo, y se niega a acceder a la unión que había prometido, ¿es acaso la culpa de vuestro amante?

MARIANA: Mas si con una negativa altanera y con desprecios retumbantes señalase, en mi elección, demasiado ahínco, ¿no me apartaría del pudor de la mujer y los deberes de la hija? ¿Quieres que mi llama amorosa sea señalada por el mundo?...

DORINA: No quiero nada, no. Creo que vos queréis ser del señor Tartufo y pensándolo bien, juzgo que yo haría mal apartándoos de tal alianza. ¿Qué razón me asiste para combatir vuestros deseos? El partido, en si, es asaz ventajoso. ¡El señor Tartufo! ¡Notable marido! Sí; que no es hombre que se suene con el pie, y en verdad no hay poca dicha en ser su consorte. Todos le coronan de gloria. Es noble por su casa, bien hecho de su persona, tiene las orejas encarnadas y el color bueno. Muy contenta viviréis con semejante esposo.

MARIANA: ¡Dios mío!

DORINA: ¡La alegría que sentiréis en el alma cuando seáis mujer de tan buen consorte!

MARIANA: Ruégote que ceses en semejante discurso, y ofréceme socorros contra ese casamiento. Cedo a lo que me dices y estoy presta a todo.

DORINA: No; que una hija debe obedecer a su padre, así éste quisiera darle un mono por marido. Vuestra suerte es buena, además. ¿De qué os quejáis, pues? El señor Tartufo os llevará en coche a su lugar, que hallaréis fértil en tíos y primos, y mucho os complacerá platicar con ellos. Haráseos ir a visitar a las gentes de nota, como la señora alcaldesa y la señora elegida, las cuales os harán honor de una silla de tijera. Más adelante, para Carnaval, podréis esperar baile con una orquesta tan buena como la del rey, que siempre la compondrán un par de dulzainas, si que veréis también algunas veces a Fagoth y las marionetas. No obstante, si vuestro esposo...

MARIANA: No me atormentes más y socórreme con tus consejos.

DORINA: Soy muy vuestra servidora, pero...

MARIANA: Te lo suplico, Dorina.

DORINA: Menester es que ese negocio vaya adelante, para castigaros.

MARIANA: ¡Querida Dorina!

DORINA: No.

MARIANA: Pero si mis declarados deseos...

DORINA: Nada. Tartufo es vuestro hombre y vos lo probaréis.

MARIANA: Ya sabes que siempre me he confiado a ti. Haz...

DORINA: No. A fe que os he de ver entartufada.

MARIANA: Entonces, pues mi suerte no te conmueve, abandónome a mi desesperación, que en ella encontrará ayuda mi alma. Al cabo, bien conozco el remedio

infallible de mis males.

DORINA (*Viendo que MARIANA se aleja*): ¡Eh, eh, venid acá! Abjuro de mi enojo y veo que es preciso compadeceros.

MARIANA: Sabes, Dorina, que si me exponen a tan cruel martirio me costará la vida.

DORINA: No os torturéis. Se puede hábilmente impedir... Mas ahí llega vuestro enamorado Valerio.

Escena IV

VALERIO, MARIAN, DORINA

VALERIO: Acaban de darme, señora, una noticia que ignoraba y es en verdad buena cosa.

MARIANA: ¿Cuál?

VALERIO: Que casáis con Tartufo.

MARIANA: Cierto es que mi padre se ha puesto entre ceja y ceja ése propósito.

VALERIO: Vuestro padre, señora...

MARIANA: Ha cambiado de miras y acaba de proponerme el asunto.

VALERIO: ¿Cómo? ¿De modo serio?

MARIANA: Seriamente. Está muy inclinado a ese matrimonio.

VALERIO: ¿Y cuál es el designio de vuestro corazón, señora?

MARIANA: No lo sé.

VALERIO: ¡Sincera contestación! ¿No lo sabéis?

MARIANA: No.

VALERIO: ¿No?

MARIANA: ¿Qué me aconsejáis?

VALERIO: Os aconsejo tomar ese esposo.

MARIANA: ¿Me lo aconsejáis?

VALERIO: Sí.

MARIANA: ¿De verdad?

VALERIO: Sin duda la elección es admirable y merece ser aprovechada.

MARIANA: Bien, señor. Me atenderé a vuestro consejo.

VALERIO: Creo que no tendréis en verdad trabajo en seguirlo.

MARIANA: No más que vos habéis sufrido al darlo.

VALERIO: Lo he dado por satisfaceros, señora.

MARIANA: Y yo lo seguiré por daros satisfacción.

DORINA: Veamos lo que sale de esto.

VALERIO: ¿Eso es amar? ¿Así que me engañabais cuando...?

MARIANA: No hablemos de ello, os lo ruego. Habéis, dicho francamente que debo aceptar al que por esposo me presentan y yo declaro que aceptaré, pues tan saludable consejo me dais.

VALERIO: No os excuséis conmigo, que ya habíais vos tomado vuestras resoluciones y ahora os asís a un frívolo pretexto para autorizar vuestra falta de palabra.

MARIANA: Bien dicho y verdadero.

VALERIO: Sin duda. Jamás vuestro corazón ha sentido verdadero transporte por

mí.

MARIANA: ¿Os permitís, vos, ese pensamiento?

VALERIO: Sí me lo permito; mas sabed que mi alma ofendida acaso se os adelante con propósito análogo; que sé dónde poner mis deseos y mi mano.

MARIANA: No lo dudo, pues la inclinación que despierta el mérito...

VALERIO: Dejemos, por Dios, el mérito, ya que tengo sin duda muy poco, según vos dais fe de ello. Mas espero que otra muestre conmigo bondades y sé del alma de alguna que consentirá gustosa, sin sentirse rebajada, en reparar lo que ahora pierdo.

MARIANA: No es pérdida grande y os consolaréis del cambio con facilidad.

VALERIO: Podéis creer que haré todo lo posible para ello. Porque un corazón que nos olvida compromete nuestra opinión y en olvidarlo también han de ponerse los mayores afanes. Aun si no se logra, se debe fingir, que es imperdonable cobardía mostrar amor por quien nos abandona.

MARIANA: Ese sentimiento es, a no dudarlo, elevado y noble.

VALERIO: Mucho, y nadie puede dejar de probarlo. ¿Os queríais que mi alma guardase siempre para vos los ardores de mi llama y os viese pasar, ante mis ojos, a brazos ajenos sin poner en otra parte un corazón que se desdeña?

MARIANA: Antes bien deseo que así sea, y por mí preferiría verlo hecho ya.

VALERIO: ¿Lo querríais?

MARIANA: Sí.

VALERIO: Harto insulto es éste y voy a complaceros, señora. (*Da un paso para irse, pero vuelve*).

MARIANA: Bien está.

VALERIO: Cuando menos recordad que sois vos quien forzáis a mi corazón a este esfuerzo.

MARIANA: Sí.

VALERIO: Y que sólo a ejemplo vuestro ha concebido mi alma esa decisión.

MARIANA: Sea, a ejemplo mío.

VALERIO: Basta; voy a contentaros en este mismo punto.

MARIANA: Mejor es.

VALERIO: Sabed que me voy para toda la vida.

MARIANA: Enhorabuena.

VALERIO (*Alejándose y volviendo después desde la puerta*): ¿Eh?

MARIANA: ¿Qué?

VALERIO: ¿No me llamabais?

MARIANA: ¿Yo? Soñáis.

VALERIO: Bien; me marchó. Adiós, señora.

MARIANA: Adiós, señor.

DORINA: Paréceme que perdéis el seso con esa extravagancia, y os he dejado por tanto rato querellaros para ver hasta dónde podía llegar eso. ¡Hola, señor Valerio! (*Lo sujeta por el brazo. VALERIO finge gran resistencia*).

VALERIO: ¿Qué quieres, Dorina?

DORINA: Venid acá.

VALERIO: No, no; que estoy muy enojado. No me retracto de lo que ella ha querido.

DORINA: Deteneos.

VALERIO: No; es cosa decidida, ¿entiendes?

DORINA: ¡Oh!

MARIANA: Sufre viéndome, y como mi presencia le incomoda, voy a dejarle el campo libre.

DORINA (*Abandonando a VALERIO y corriendo hacia MARIANA*): ¡A la otra! ¿A dónde vais?

MARIANA: Déjame.

DORINA: Volveos.

MARIANA: No, no, Dorina. Vano es querer retenerme.

VALERIO: Bien veo que mi presencia es un suplicio para ella y sin duda es preferible que me ponga en franquía.

DORINA (*Dejando a MARIANA y corriendo a VALERIO*): ¿Insistís? ¡El diablo os lleve si os dejo! Cesad en esta comedia y venid aquí los dos. (*Los atrae el uno hacia el otro*).

VALERIO: ¿Qué te propones?

MARIANA: ¿Qué quieres hacer?

DORINA: Reacomodaros y haceros salir de este paso. (*A VALERIO*) ¿Estáis loco para tener semejante altercado?

VALERIO: ¿No oíste cómo me habló?

DORINA (*A MARIANA*): ¿Enloquecisteis, para arrebatarnos así?

MARIANA: ¿No has visto la cosa y cómo me ha tratado?

DORINA: Sandez de ambas partes. Yo soy testigo de que ella quiere conservarse para vos, señor Valerio. Sólo a vos os ama y con mi vida respondo de que sólo anhela ser vuestra esposa.

MARIANA: ¿Por qué me disteis aquel consejo?

VALERIO: ¿Por qué preguntasteis sobre semejante cosa?

DORINA: Ambos estáis locos. Traed las manos, ea.

VALERIO (*Dando la mano a DORINA*): ¿Para qué quieres mi mano?

DORINA (*A MARIANA*): Traed la vuestra.

MARIANA (*Extendiendo la mano también*): ¿De qué sirve todo esto?

DORINA: ¡Por Dios, acercaos! Más os amáis de lo que creéis.

VALERIO: No hagáis las cosas con tanto esfuerzo y al menos mirad a la gente sin rencor. (*MARIANA mira a VALERIO y sonrío*).

DORINA: ¡Cuán locos, en verdad, son los enamorados!

VALERIO: Y ahora decid: ¿no tengo motivo de quejarme de vos? Y, si no hemos de mentir, ¿no es maligno complaceros en decirme una cosa aflictiva?

MARIANA: ¿Y no sois vos el hombre más ingrato, de todos?

DORINA: Dejad para otra ocasión este debate y pensemos en impedir ese desastroso matrimonio.

MARIANA: Dinos qué recursos podemos poner en obra.

DORINA: Deberemos proceder de todas las maneras. Vuestro padre se chancea, y todo eso son burlas; pero mejor es que vos deis a su extravagancia la apariencia de un dulce consentimiento, de manera que en caso necesario vuestro padre os será más propicio a dilatar los propuestos desposorios. Quien tiempo tiene, todo lo remedia. Ora fingiréis alguna oportunidad que exija retardos; ora tenéis malos augurios, como encontrar un muerto, romper un espejo o soñar con agua hirviendo. Y lo esencial de todo es que en ningún caso podrán enlazaros mientras no digáis «sí». Pero paréceme mejor para salir con bien que no os vean juntos a los dos. Salid, señor Valerio, y emplead a vuestros amigos

para que se os cumpla la palabra dada. Debemos nosotras instigar los esfuerzos del hermano y poner de nuestra parte a la esposa del señor Orgon. Adiós.

VALERIO (A **MARIANA**): Por esfuerzos que podamos nosotros preparar, mi mayor esperanza, en verdad, está en vos.

MARIANA (A **VALERIO**): No puedo responderos de la voluntad de un padre; pero yo no seré de otro que de Valerio.

VALERIO: Me colmáis de sosiego. Y si alguien osara...

DORINA: Nunca los enamorados se cansan de platicar. Idos, os digo.

VALERIO (*Dando un paso y volviéndose.*): Y al cabo...

DORINA: ¡Oh, cuánto hablar! Idos por este lado y vos por éste (*empujando a entrambos por la espalda*).

ACTO TERCERO

Escena I

DAMIS, DORINA

DAMIS: Así me parta un rayo y se me tenga por el mayor de los belitres si hay respeto ni poder que me contenga y si no hago algo sonado.

DORINA: Moderad tal arrebató, que vuestro padre no ha hecho sino hablar, y no siempre se ejecuta cuanto se piensa; que es largo el camino del dicho al hecho.

DAMIS: Menester es que ataje yo las intrigas de ese necio y le diga al oído unas palabras.

DORINA: Calmaos. Vale más que, con él y con vuestro padre, dejéis obrar a vuestra madrastra, que tiene algún crédito sobre el ánimo de Tartufo. Siempre él se muestra complaciente con cuanto ella dice, y bien puede ser que tenga el corazón enternecido por la señora. ¡Pluguiese a Dios que ello fuera cierto! Vuestro interés, en fin, la obliga a mandarle llamar, porque ella desea sondearle sobre el casamiento que os turba, conocer sus sentimientos y hacerle saber los graves contratiempos que puede suscitar el que él ponga alguna esperanza en tal designio. El mozo de Tartufo dice que su señor está orando, por lo que no he podido verle, mas también el mismo mozo me ha dicho que Tartufo va a bajar muy luego. Marchaos, pues, os lo pido, y dejadme esperarle.

DAMIS: Debo estar presente en esa plática.

DORINA: No. Es menester que traten a solas.

DAMIS: No diré nada.

DORINA: ¿Os burláis? Sabidos son vuestros habituales arranques; y ése es el medio verdadero de estropear las cosas. Salid.

DAMIS: Verélo todo sin enojarme.

DORINA: ¡Qué inoportuno, sois! Retiraos, que viene Tartufo.

Escena II

TARTUFO, LORENZO, DORINA

TARTUFO (*Viendo a DORINA*): Guardad, Lorenzo, mi disciplina y cilicio y orad porque el Cielo os ilumine siempre. Decid, si alguien me busca, que he ido a repartir limosnas entre los presos.

DORINA: ¡Cuánta afectación y cháchara!

TARTUFO (*A DORINA*): ¿Qué queréis?

DORINA: Deciros ...

TARTUFO (*Sacando un pañuelo del bolsillo*): ¡Oh Dios mío! Hacedme la merced, Dorina, de tomar este pañuelo antes de hablarme.

DORINA: ¿Para qué?

TARTUFO: Para cubriros ese seno, cuya vista no puedo soportar. Cosas así lesionan las almas y hacen nacer culpables pensamientos.

DORINA: Fácil sois a las tentaciones. ¿Tanta impresión causa la carne sobre vuestros sentidos? Ya, veo que os sube no sé que calor a la cara. Mas yo no soy tan pronta en anhelar y podría veros desnudo de arriba abajo sin que me tentase vuestra piel.

TARTUFO: Hablad con un tanto más de recato si no queréis que me aleje.

DORINA: Yo soy quien os dejo tranquilo, que sólo he de deciros dos palabras. La señora va a descender a esta sala y os pide la gracia de una conversación.

TARTUFO: Muy de mi agrado.

DORINA (Aparte.): ¡Cómo se ablanda! A fe que sigo pensando lo que siempre.

TARTUFO: ¿Vendrá pronto?

DORINA: Ya me parece oírla. Sí, ella es os dejo.

Escena III

ELMIRA, TARTUFO

TARTUFO: El Cielo os sea siempre propicio, os dé salud de cuerpo y de alma y bendiga vuestros días tanto como lo desea el más humilde de aquellos que viven inspirados por el celestial amor.

ELMIRA: Muy agradecida quedo a ese piadoso deseo. Pero tomemos una silla para estar mejor.

TARTUFO: ¿Os sentís repuesta de vuestro mal?

ELMIRA: Del todo. La fiebre pasó muy pronto.

TARTUFO: No tienen mis plegarias el mérito que es menester para haber atraído esa gracia de lo alto; mas dígoos que no he hecho al Cielo ninguna devota instancia que no haya tenido por objetivo vuestra convalecencia.

ELMIRA: Ciertamente vuestro celo se ha interesado en exceso por mí.

TARTUFO: Nunca hay exceso en anhelar vuestra cara salud y por restablecerla gustoso hubiese dado la mía.

ELMIRA: Eso es llevar muy lejos la caridad cristiana. Mucho os agradezco tantas bondades.

TARTUFO: Harto menos hago por vos de lo que merecéis.

ELMIRA: He querido hablaros en secreto de un negocio y me contenta en extremo que nadie nos aceche.

TARTUFO: La misma cosa me contenta a mí; que me es muy dulce verme solo con vos, señora. Ocasión era esta que había pedido con ahínco al Cielo sin que hasta ahora me fuera concedida.

ELMIRA: Lo que por mi deseo es que me abráis vuestro corazón sin ocultarme nada.

TARTUFO: Tampoco quiero yo otra cosa, y por gracia singular tengo mostrar a vuestros ojos toda mi alma. Y os juro que las demostraciones que he hecho sobre las visitas que vuestros encantos aquí reciben, no son efecto alguno hacia vos, sino de un transporte de celo que me impulsa, y de un puro movimiento de...

ELMIRA: Así lo entiendo, y creo que por mi salvación os tomáis ese cuidado.

TARTUFO (Apretando la punta del dedo de ELMIRA): Sin duda, señora; y tal es mi fervor...

ELMIRA: ¡Uf, Cuánto me apretáis!

TARTUFO: Hágolo por exceso de celo, no por causaros otro daño. Antes bien...
(*Le apoya la mano en la rodilla*).

ELMIRA: ¿Qué hace vuestra mano ahí?

TARTUFO: Tocaba vuestro vestido, que es de tela muy suave.

ELMIRA: Dejadme, os lo ruego; que soy muy cosquillera.

TARTUFO: ¡Dios mío, que labor tan maravillosa la de este punto! En verdad que se trabaja hoy milagrosamente; nunca se ha visto hacer tan bien todas las cosas.

ELMIRA: Verdad es. Pero hablemos de nuestro asunto. Se afirma que mi marido quiere retractarse de su palabra y casar a su hija con vos. ¿Es cierto?

TARTUFO: Algo me ha dicho de ello, mas, en verdad, señora, no es ésa la felicidad porque suspiro, sino que veo en otra parte los maravillosos atractivos de la dicha que anhelo.

ELMIRA: Como no amáis las cosas terrenales...

TARTUFO: Pero el corazón que encierra mi pecho no es de piedra.

ELMIRA: Pues yo creía que todos vuestros suspiros tienden al Cielo y que nada atrae, aquí abajo, vuestros afanes.

TARTUFO: El amor que nos inclina a las cosas eternas no ahoga en nosotros el amor de las temporales. Fácil es que nuestros sentidos se hechicen ante las obras perfectas que el Cielo ha formado. En las personas de vuestro sexo refléjanse los atractivos del Cielo, mas éste ha expuesto en vos sus maravillas más raras, derramando sobre vuestra faz bellezas que sorprenden los ojos y transportan los corazones. Sí, ¡oh perfecta criatura!, no he podido veros sin admirar en vos al autor de la naturaleza y sentir mi corazón herido de ardiente amor hacia la más bella de las imágenes en que él se ha pintado. Pensé primero que este secreto ardor pudiera ser astucia del Malo y resolví huir de vuestros ojos creyéndooos obstáculo a mi salvación. Pero luego he conocido, ¡oh amabilísima beldad!, que esta pasión puede no ser culpable, y que cabe ajustarla con el pudor; y ello me ha llevado a rendiros, mi corazón. Reconozco ser gran audacia haceros la ofrenda de ése corazón, mas mis votos lo esperan todo de vuestra bondad y nada de los vanos esfuerzos de mi flaqueza. En vos tengo mi esperanza, mi quietud, y mi bien, de vos dependen mi pena o mi felicidad, y por vuestro decreto seré, si queréis, dichoso; desgraciado, si os place.

ELMIRA: ¡Galante declaración, sí que un tanto sorprendente, a la verdad! Me parece que debiérais armar mejor vuestro corazón y razonar un poco sobre semejante designio, porque un devoto como vos, y de quien se habla por doquier...

TARTUFO: No por devoto tengo menos, de hombre, y cuando se contemplan vuestros celestes encantos el corazón déjase prender en ellos y no razona. Bien sé que tal discurso parece extraño en mí; pero al cabo, señora, no soy un ángel, y si condonáis la confesión que os he hecho, a vuestros hechiceros atractivos debéis acusar. Desde que vi brillar vuestro sobrehumano esplendor, os hice soberana de mi ánimo. La inefable dulzura de vuestras miradas divinas forzó la resistencia en que mi corazón se obstinaba, venciendo ayunos, lágrimas y plegarias, y dirigiendo todos mis votos a vuestros encantos. Mil veces os lo han dicho mis ojos y mis suspiros, mas, para mejor explicarme, empleo la voz ahora y os digo que si contempláis con alma benigna las tribulaciones de vuestro indigno esclavo, si queréis con vuestras bondades consolarme y hasta mi nulidad descender, yo tendré siempre hacia vos, ¡oh suave maravilla!, una devoción sin posible par. Ningún riesgo corre vuestro honor conmigo ni desgracia alguna debéis temer de mi parte. Porque todos esos galanes cortesanos que enloquecen a las mujeres son ruidosos en sus hechos y vanos en sus palabras; véseles jactarse sin cesar de sus progresos; no reciben favores que no divulguen, y su lengua indiscreta deshonor el altar de su corazón sacrifica. Empero, los hombres como yo ardemos con fuego discreto; se está con nosotros siempre en certidumbre de secreto grande; el cuidado, que tenemos de nuestro nombre responde de todo a la persona amada, y

por ello se encuentra en nosotros, aceptando nuestro corazón, amor sin escándalo y placer sin miedo.

ELMIRA: os oigo, vuestra retórica se explica a mi ánimo en términos harto vivos. ¿No teméis que vaya a instruir a mi marido de vuestro galante ardor y que el aviso de un amor tal altere la amistad que os dedica?

TARTUFO: Sé cuán benigna sois y que daréis indulgencia a mi temeridad, imputando a la flaqueza humana estos violentos transportes de un amor que os ofende. A más, considerad vuestro porte y pensad que no estoy ciego y que el hombre es carnal.

ELMIRA: Quizás otras tomasen esto de distinta manera; pero quiero ser discreta y no diré el asunto a mi esposo. Pido en desquite una cosa de vos, y es que aconsejéis con franqueza y sin buscar argucias la unión de Valerio con Mariana; que renunciéis a usar el injusto poder que con el bien de otro pretende enriquecer vuestra esperanza, y que...

Escena IV

DAMIS, ELMIRA, TARTUFO

TARTUFO (*Saliendo del cuartito contiguo, adonde se había retirado.*): No, señora, no: el caso debe manifestarse. Yo estaba en ese lugar y lo he oído todo. Parece la bondad del Cielo haberme conducido ahí para confundir el orgullo de un traidor, al que aborrezco, para abrirme el camino de tomar venganza de su hipocresía e insolencia, para desengañar a mi padre y mostrarle a su plena luz el alma del malvado que os hablaba de amor.

ELMIRA: No, Damis; basta que se torne más discreto y procure merecer la gracia a que me obligo. Pues la he ofrecido, no me desdigo de ella, que no gusto de hacer alborotos. Una mujer debe reír de semejantes necedades y no turbar con ellas los oídos de su marido.

DAMIS: Vos tenéis vuestras razones para obrar así y yo tengo las mías para proceder de otro modo. Querer encubrir a este hombre es locura, que harto el insolente orgullo de su gazmoñería ha triunfado de mi justo enojo, y hartos desórdenes ha excitado en casa. Largo tiempo ha que este pícaro gobierna a mi padre y perjudica mi amor y el de Valerio. Menester es que mi padre se desengañe del pícaro y el Cielo me da para eso un medio fácil. Mucho agradezco a Dios esta ocasión, asaz favorable para desaprovecharla. Sería merecer que se me arrebatara si, teniéndola en la mano, no la utilizare.

ELMIRA: Damis...

DAMIS: Dispensad, mas debo hacer lo que os digo, que siento el alma en el colmo, de su alegría y en vano vuestros discursos pretenderán privarme del placer de poder al fin hallar venganza. Voy sin más a evacuar este asunto; mas he aquí que se me presenta el momento.

Escena V

ORGON, DAMIS, TARTUFO, ELMIRA

DAMIS: Vamos, padre, a regalar vuestra llegada con un suceso reciente que os maravillará sobremanera. Bien pagado, estáis de todos vuestros halagos y buen precio pone el señor Tartufo a vuestras ternuras; que acaba de declarar su gran celo por vos no menos

que deshonrándoos. Le he sorprendido cuando hacía a vuestra esposa la injuriosa confesión de un amor culpable. Como ella es de humor benigno y de ánimo discreto en demasía, quería guardarle secreto a toda costa; mas yo entiendo que sería favorecer tanto descaro y que callarlo es haceros ofensa.

ELMIRA: Opino que con estas vanas razones no debe nunca incomodarse el reposo de un marido, porque no depende de eso el honor y nosotras nos bastamos para defendernos. Así creo y vos, Damis, no hubiérais dicho nada si yo tuviese algún crédito sobre vos. (*Sale*).

Escena VI

ORGON, DAMIS, TARTUFO

ORGON: ¿Es creíble lo que acabo de oír, oh Cielo?

TARTUFO: Sí, hermano mío: soy un delincuente, un culpable, un desgraciado pecador lleno de iniquidad, el mayor malvado que nunca se haya visto. Cada instante de mi vida está cargado de máculas y ella no es sino un conjunto de crímenes y suciedades. Veo, pues, que el Cielo, para castigarme, me quiere mortificar en esta ocasión. Mas de cualquier gran desaguisado que se quiera acusarme no tendré el orgullo de defenderme. Creedlo que se os dice, armaos de cólera, y arrojadme de vuestra casa como a un criminal, porque nunca recibiré tanto oprobio como antes no haya merecido y más aún.

ORGON (*A su hijo*): ¿Así osas, traidor, con una falsía, mancillar la pureza de la virtud de este hombre?

DAMIS: ¿Eh? ¿Os hará la fingida mansedumbre de este alma hipócrita denegar que...?

ORGON: Calla, peste maldita.

TARTUFO: Dejadle hablar, pues le acusáis sin justicia y más vale que creáis en sus referencias. ¿Por qué serme tan favorable un hecho tal? ¿Sabéis, al cabo, de qué puedo ser capaz yo? ¿Fíáis de mi exterior, hermano? Ya veo que me creéis mejor de lo que soy, pero no os dejéis engañar por las apariencias. Asegúroos que no soy sino lo que se piensa; que todos me toman por hombre de bien, mas la pura verdad es que no valgo nada. (*Se dirige a DAMIS*). Sí, querido hijo mío: hablad, tratadme de pérfido, de infame, de perdido, de ladrón, de homicida. Colmadme de nombres aun más aborrecidos, pues los merezco. De rodillas quiero recibir esta ignominia como afrenta debida a los crímenes de mi existencia.

ORGON (*A TARTUFO*): Basta, hermano; es demasiado. (*A DAMIS*) ¿No se doblega tu corazón traidor?

DAMIS: ¿Cómo? ¿Os seducirán sus discursos hasta el punto...?

ORGON: Calla, bellaco. Levantaos, hermano Tartufo. (*A su hijo*). ¡Infame!

DAMIS: ¿Es posible...?

ORGON: No digas una palabra si no deseas que te quiebre los brazos.

DAMIS: ¡Oh! Pero yo aseguro...

TARTUFO: No os enfurezcáis, hermano, por Dios. Prefiero sufrir la pena más dura a que vuestro hijo reciba ni el menor arañazo.

ORGON (*A DAMIS*): ¡Ingrato!

TARTUFO: Dejadle. Si queréis que os pida su perdón de rodillas...

ORGON: ¿Os mofáis? (*A su hijo*). ¿Ves su bondad, bribón?

DAMIS: Pero...

ORGON: ¡Silencio!

DAMIS: Yo...

ORGON: Silencio, digo. Bien sé la razón que te lleva a injuriarle. Todos le odiáis y veo desencadenados contra él mujer, hijos y servidores. Desvergonzadamente pónese todo a cuento para hacer salir de mi casa a este hombre devoto; pero cuanto más se haga para expulsarle, más quiero aplicarme a retenerlo. Sí; y para confundir el orgullo de mi familia, voy a apresurar los esponsales de Tartufo con Mariana.

DAMIS: ¿Pensáis obligarla a recibir la mano de este hombre?

ORGON: Sí, menguado; y desde hoy os desafío a todos y os haré comprender que aquí el amo soy yo y ha de obedecerse. Ea, pícaro: lánzate al instante a sus pies y pídele perdón.

DAMIS: ¿Perdón yo a este bergante, que con sus imposturas...?

ORGON: ¿Resistes, mendigo? ¿Y le insultas todavía? (A **TARTUFO**). Un bastón, un bastón y no me refrenéis. (A **DAMIS**) Pronto, fuera de casa y no vuelvas a ella.

DAMIS: Me iré, pero...

ORGON: Sal en seguida. Te privo de mi herencia, malvado, y te maldigo, por ende.

Escena VII

ORGON, TARTUFO

ORGON: ¡Ofender así a un hombre tan santo!

TARTUFO: ¡Perdónale, oh Cielo, el dolor que me causa! (A **ORGON**). Si pudieseis saber con cuanto disgusto veo cómo se trata de afear mi conducta ante mi hermano...

ORGON: ¡Ah!

TARTUFO: Tan sólo pensar en esa ingratitud hace sufrir a mi alma rudo suplicio. ¡Oh, que horror concibo! Tengo tan oprimido el corazón que ni hablar puedo y temo estar a punto de morir.

ORGON (*Rompiendo en lágrimas y precipitándose hacia la puerta por donde ha hecho salir a su hijo.*): ¡Miserable! Me arrepiento de no haberte hecho justicia por mi mano matándote aquí mismo. (A **TARTUFO**). Tranquilizaos, hermano, y no os incomodéis.

TARTUFO: interrumpamos, interrumpamos estas importunas querellas. Ya veo cuán grandes disturbios produzco aquí y creo menester dejar vuestra casa, hermano.

ORGON: ¡Cómo! ¿Bromeáis?

TARTUFO: Se me aborrece y bien veo que se quiere haceros sospechar de mi lealtad.

ORGON: ¿Qué importa? ¿Acaso halláis que las escuche mi corazón?

TARTUFO: Sin duda se proseguirá en la obra, y los mismos relatos que ahora rechazáis pueden ser aceptados en otra ocasión.

ORGON: Nunca, hermano mío.

TARTUFO: Hermano: a una mujer le es fácil sorprender el alma de su marido.

ORGON: No, no.

TARTUFO: Permitidme, alejándome de aquí, quitarles la ocasión de atacarme de ese modo.

ORGON: Os quedaréis. Va en ello mi vida.

TARTUFO: Menester será que me sacrifique. Si vos lo queréis...

ORGON: ¡Oh!

TARTUFO: Sea; no se hable más. Pero yo sé cómo conviene proceder. El honor es cosa delicada, y la amistad me obliga a impedir toda hablilla y motivo de trastorno rehuyendo la presencia de vuestra esposa y no viéndoos a vos.

ORGON: Antes bien, frecuentaréis a mi mujer a pesar de todos, que es mi mayor alegría ver desechadas a las gentes. Quiero que a todas horas os vean con ella. Y esto no es todo: para desafiarles mejor, deseo no tener otro heredero que vos mismo, y voy a haceros de mis bienes entera donación. Un amigo bueno y franco a quien recibo por yerno me es mucho más querido que hijo, mujer y pariente. ¿Aceptáis lo que os propongo?

TARTUFO: Hágase en todo la voluntad del Cielo.

ORGON: ¡Pobre hombre! Vayamos a redactar con prisa un escrito y así la envidia se devore a sí misma en su despecho.

ACTO CUARTO

Escena I

CLEANTO, TARTUFO

CLEANTO: Sí; podéis creerme que todos hablan de ello y que el escándalo de este rumor no redundará en gloria vuestra. Muy a propósito, pues, os he hallado, señor, para deciros en dos palabras lo que pienso. Sin examinar profundamente el caso, póngome en lo peor y presumo que Damis, obrando mal, os haya acusado sin razón. Pero ¿no es deber cristiano perdonar las ofensas y extinguir en el corazón todo deseo de venganza? ¿Permitiréis que por vos sea un hijo expulsado de casa de su padre? Os digo otra vez, con franqueza, que no hay chico ni grande que no se escandalice. Creedme; pacificadlo todo y no llevéis las cosas al extremo. Sacrificad a Dios vuestra cólera y devolved al hijo la benevolencia del padre.

TARTUFO: Por mí, señor, de todo corazón lo haría; que no le guardo al joven rencor alguno. Se lo perdono todo, nada le censuro y quisiera servirle con lo mejor de mi ánimo. Pero el interés del Cielo no puede consentirlo, y si él vuelve a la casa debo salir yo de ella, porque tras su descomunal acción, todo trato entre los dos sería escandaloso. ¡Dios sabe lo que pensaría el mundo! Todo ello se tacharía de pura política; se diría por doquier que, sintiéndome culpable, fingía caritativo celo por quien me acusaba, y que mi corazón quería aprovechar esta coyuntura para poder reducir, con discreción, al mancebo a silencio.

CLEANTO: Excusas todas ellas muy bien coloreadas, señor, y razones muy retorcidas. ¿Por qué os encargáis de los intereses del Cielo? ¿Necesita éste de nosotros para castigar al culpable? Dejad al Cielo el cuidado de sus venganzas, pensad sólo en el perdón que de las ofensas prescribe, y no os atengáis a humanos juicios cuando sigáis las órdenes soberanas del Cielo. ¿Ha de impedir el mezquino poder del que dirán la gloria de una buena acción? No; hagamos siempre lo que el Cielo dispone y no nos embrollemos el espíritu con otros cuidados.

TARTUFO: Ya os he dicho que perdono a Damis de corazón, y eso es hacer lo que el Cielo ordena. Pero, tras el escándalo y la afrenta de hoy, el Cielo no ordena que yo viva con ese joven.

CLEANTO: ¿Y os ordena, señor, abrir los oídos a lo que un puro capricho aconseja a su padre, y aceptar el don que os hacen de una hacienda que el buen derecho os obliga a no pretender?

TARTUFO: No pensarán los que me conocen que soy de alma interesada. Todos los bienes de este mundo tienen pocos atractivos para mí, y su engañoso brillo no me deslumbra. Si me resuelvo a recibir del padre la donación que ha querido hacerme, es, en verdad, porque temo que todos esos bienes caigan en malas manos, que puedan hacer de ellos en el mundo un uso criminal, no sirviendo, según me propongo yo, para gloria del Cielo y bien del prójimo.

CLEANTO: Vamos señor, no tengáis tan delicados temores, que pueden provocar las justas quejas de un heredero. Dejad, sin preocuparos, que él sea, a su cargo, poseedor de su hacienda, y pensad que mejor es que la malgaste que no que se os acuse de haberle estafado. Admirame que sin confundiros hayáis permitido tal proposición, porque ¿tiene el verdadero celo alguna máxima que aconseje despojar a un heredero legítimo? Si el Cielo ha puesto en vuestro corazón un invencible obstáculo a convivir con Damis, ¿no valdría más

que, como persona discreta, os retiraseis honradamente de esta casa antes que sufrir que, contra toda razón, se arroje por causa vuestra al hijo de la familia? Creedme que compete a vuestra prudencia, señor...

TARTUFO: Son las tres y media, señor, y cierto deber piadoso me requiere arriba. Excusad que os deje tan pronto.

CLEANTO: ¡Oh!

Escena II

ELMIRA, MARIANA, DORINA, CLEANTO

DORINA: Por Dios, señor, auxiliad a vuestra sobrina, con nosotros, que siente en el alma mortal dolor. La decisión que su padre ha concluido esta tarde la ha hecho entrar en desesperación continua. Él va a venir ahora. Unamos, os ruego, nuestros empeños y procuremos, por fuerza o industrial impedir ese propósito malhadado que tanto nos turba a todos.

Escena III

ORGON, ELMIRA, MARIANA, CLEANTO, DORINA

ORGON: Mucho me regocija veros reunidos, (A *MARIANA*). Traigo en este contrato cosa que os hará reír. Ya sabéis de lo que hablo.

MARIANA (*Arrodillándose.*): Padre mío: en nombre del Cielo, que conoce mi dolor, y en nombre de cuanto pueda conmover vuestro corazón, suavizad un tanto los derechos que os da el ser padre y, dispensad a mi amor de esta obediencia. No me reduzcáis, con tan dura ley, a quejarme al Cielo de lo que os debo y no me hagáis, padre, infortunada la vida que me habéis dado. Si, contrariando la dulce esperanza que pude formarme, me retiréis de aquél a quien oso amar, al menos tened la bondad, que os imploro de rodillas, de salvarme del tormento de ser de un hombre al que aborrezco y no me lleváis a la desesperación ejercitando todo vuestro poder sobre mi.

ORGON (*Aparte, sintiéndose enternecido.*): Firmeza, corazón, vence la debilidad humana.

MARIANA: No me incomoda vuestro afecto por ese hombre. Mostradle cuanto queráis, dadle vuestra hacienda y, si eso no basta, añadid la mía. Consiento en ello de corazón y os la abandono; pero no extendáis esto a mi persona y permitidme pasar en las austeridades de un convento los tristes días que el Cielo me ha concedido.

ORGON: ¡Qué religiosas éstas, que sólo lo son cuando un padre combate sus inclinaciones amorosas! Levantaos; cuanto más os repugne Tartufo, más méritos tendréis. Mortificad vuestros sentidos con ese matrimonio, y no me quebréis la cabeza más.

DORINA: Pero ¿cómo...?

ORGON: Callaos y hablad para vuestro capote. Os prohibo en redondo que digáis una sola palabra.

CLEANTO: Si consentís que os ayuden con un consejo...

ORGON: Muy buenos son vuestros consejos, hermano. Bien razonados están y les doy mucho valor, pero dispensad si no hago uso de ellos.

ELMIRA (*A su marido.*): No puedo creer lo que veo y me admira vuestra ceguera. Muy obstinado hay que estar, muy prevenido en favor de Tartufo, para desmentirnos el hecho de este mismo día.

ORGON (*Irónico.*): Soy vuestro servidor y me atengo a lo que veo. Conozco vuestras blanduras con el bellaco de mi hijo, y sé que por ellas no habéis querido desmentir la mala partida que intentó jugar a ese pobre hombre. Estabais muy tranquila para que se os creyera; de ser verdad, hubieseis parecido conmovida.

ELMIRA: ¿Acaso un simple arrebato amoroso ha de hacer a nuestro honor azorarse de esa manera? ¿No cabe responder a todo el que lo roza sino con fuego en los ojos e injurias en los labios? Yo de cosas así me río lisa y llanamente, que no me gusta escándalo sobre ello. Creo que debemos mostramos recatadas con suavidad, y no me inclino a esas castas feroces cuyo honor está armado de dientes y garras, y quiere, a la menor palabra, arrancar la cara a las gentes. ¡El Cielo me guarde de recato tal! No me gusta una virtud endiablada y paréceme que la discreta frialdad de una negativa no rechaza un corazón menos poderosamente.

ORGON: Sé todo el asunto y no cambio.

ELMIRA: Admírame, repito, esa singular debilidad. Pero ¿qué me diría vuestra incredulidad si yo os hiciese ver que os afirmo la verdad?

ORGON: ¿Verlo?

ELMIRA: Sí.

ORGON: ¡Canciones!

ELMIRA: ¿Y si hallo manera de hacéroslo ver con toda claridad?

ORGON: Cuentos sin fundamento.

ELMIRA: ¡Qué hombre! Pero al menos contestadme. No digo que confiéis en nosotros, pero supongamos que desde un lugar oculto se os hiciese verlo y entenderlo todo claramente. ¿Qué diríais entonces de vuestro hombre de bien?

ORGON: Diría en ese caso... No diría nada, porque es imposible.

ELMIRA: Largo tiempo dura este error y este acusar de impostura a mi boca. Menester es que, sin discutir más, os haga testigo de lo que os declaro.

ORGON: Os tomo la palabra. Veremos vuestra habilidad y cómo sabéis cumplir esa promesa.

ELMIRA: Hacédmele venir.

DORINA: Es hombre de ánimo astuto y acaso os resulte difícil sorprenderle.

ELMIRA: Siempre se es engañado fácilmente por lo que se ama, y el amor propio nos inclina a engañarnos a nosotros mismos. (*A CLEANTO y MARIANA*). Hacédmele venir. Y vosotros retiraos.

Escena IV

ELMIRA, ORGON

ELMIRA: Acerquemos esa mesa y poneos debajo.

ORGON: ¿Cómo?

ELMIRA: Es punto necesario que os ocultéis bien.

ORGON: ¿Por qué bajo esta mesa?

ELMIRA: ¡Dios mío! Dejadme hacer. Yo tengo mi idea en la cabeza y vos

juzgaréis luego. Os digo que os escondéis y que cuando estéis ahí os guardéis de que no os vean y oigan.

ORGON: Reconozco que mi complacencia es grande; pero lo hago porque quiero veros salir de vuestra, empresa.

ELMIRA: Creo que no tendréis nada que aducir. (*ORGON se esconde debajo de la mesa*). En todo caso, voy a realizar una cosa extraña y así no nos escandalicéis en modo alguno. Diga yo lo que dijere, debe serme permitido, pues lo hago para convenceros, como prometí. Voy, mediante dulzuras, a hacer que esa alma hipócrita se quite la máscara, voy a lisonjear los desvergonzados deseos de su corazón y a dar campo libre a sus temeridades. Cuando mi alma finja ceder a sus ansias, yo cesaré en mi obra tan pronto queráis. A vos os corresponde detener su insensato ardor cuando creáis el asunto suficientemente adelantado. Procurad no exponerme sino a lo preciso para desengañaros. Éstos son intereses vuestros, vos seréis dueño de todo, y... Pero ya llega. Teneos y cuidado de no aparecer.

Escena V

TARTUFO, ELMIRA, ORGON

TARTUFO: Me han dicho que queráis hablarme en este lugar.

ELMIRA: Sí. He de revelaros ciertos secretos. Pero abrid esa puerta y mirad bien, por prevenir sospechas; que un asunto parecido al de ha poco no es seguramente lo que nos conviene. Nunca se ha visto sorpresa semejante, y Damis me ha hecho sentir mucho temor por vos. Bien visteis que hice todos los esfuerzos que pude para quebrantar su designio y calmar sus arrebatos. En verdad tan turbada estuve que no le acerté a desmentir; mas, gracias al Cielo, todo ha terminado bien y las cosas ahora están en más seguridad. La estima de que gozáis ha disipado la tormenta y mi marido no tiene recelo alguno al extremo que, para mejor desafiar los juicios malévolos, desea que vos y yo andemos juntos en todo instante. Por eso puedo, sin temor de ser criticada, hallarme aquí, encerrada, a solas con vos, y ello me autoriza a abriros mi corazón, acaso inclinado en demasía a tolerar vuestros ardores.

TARTUFO: Difícil es comprender ese lenguaje, señora, pues ha bien poco hablabais de otra manera.

ELMIRA: ¡Qué mal conocéis el corazón de las mujeres si semejante negativa os ha incomodado! ¡Y que poco sabéis lo que quieren hacer entender cuando tan débilmente resisten! En esos momentos nuestro pudor combate siempre toda razón que hallemos contra el amor que nos avasalla. Siempre se halla en confesarlo alguna vergüenza. Prohibimos primero, mas por el talante que tomamos se hace entender bien que nuestro corazón se rinde, que sólo por honor se opone nuestra boca a nuestras ansias y que negativas tales lo prometen todo. Sin duda, esto es haceros una confesión harto libre y cuidarme poco de mi pudor; pero, pues en esto estamos, decidme: de no ser así, ¿habría yo procurado retener a Damis, hubiera oído con tanta calma y tan largamente la ofrenda de vuestro corazón, hubiese tomado la cosa como la tomé? Y cuando he querido forzaros a que renunciaseis al casamiento que acababa de anunciarse, esta instancia ha debido haceros comprender el interés que os tengo y el disgusto que me causaría que el romper aquel vínculo viniese, al menos, a hacerme compartir el corazón anhelado.

TARTUFO: Sin duda es, señora, dulzura extrema oír esas palabras de una boca amada. Su miel hace correr a largos caños por todos mis sentidos una suavidad nunca

gustada. Mi fin supremo es la dicha de complaceros, y mi corazón convierte vuestras frases en beatitud para mí. Pero este corazón os pide la libertad de osar dudar un tanto de su dicha y creer vuestras palabras un honrado artificio para obligarme a romper un enlace próximo. Y si con vos he de explicarme francamente, os diré que no fiaré en esas expresiones tan dulces si algunos de esos vuestros favores por los que tanto suspiro, no vienen a garantizarme lo que las palabras han podido decirme, implantando en mi alma una constante fe en las bondades que tenéis conmigo.

ELMIRA (*Tosiendo para advertir a su marido.*): ¿Con esa celeridad queréis ir y tan pronto agotar la ternura de un corazón? ¿Mátome por haceros una confesión dulcísima y ello no os basta y se ha, para satisfaceros, de llegar hasta los últimos favores?

TARTUFO: Cuanto menos se merece y se osa esperar un bien, más trabajo cuesta a nuestras ansias conformarse con discursos. Fácilmente se desconfía de una suerte tan gloriosa y se quiere gozarla antes de crearla. Tan poco creo merecer vuestras bondades, que dudo de la realización de mi temeridad. Nada creeré, pues, señora, mientras no hayáis convencido con realidades mi llama.

ELMIRA: ¡Dios mío! Vuestro amor se produce como un verdadero tirano y me sume el ánimo en singular agitación. ¡Qué furioso imperio adquiere sobre los corazones y con qué violencia busca lo que desea! ¿No es posible guardarse de vuestra persecución, ni aun tomarse tiempo para respirar? ¿Es, justo ejercer rigor tan grande, exigir implacablemente las cosas que se piden y abusar con vuestros ahincados esfuerzos de la debilidad que por vos se tiene?

TARTUFO: Si miráis con ojos benignos mis homenajes, ¿por qué rehusarme testimonios seguros?

ELMIRA: ¿Y cómo consentir en lo que queréis sin ofender al Cielo, del que vos habláis sin cesar?

TARTUFO: Si es sólo el Cielo lo que se me opone, poca cosa es para mi quitar tal obstáculo. No retenga eso el ansia de vuestro corazón.

ELMIRA: ¡Nos infunden tanto terror con los decretos del Cielo!

TARTUFO: Yo puedo disipar esos menudos temores. Yo sé, señora, el arte de apartar tales escrúpulos. Verdad es que el Cielo veda ciertas satisfacciones, pero cabe hallar acomodos con él. Es ciencia saber extender, según las necesidades, los lazos de nuestra conciencia, rectificando lo malo del hecho con lo puro de la intención. Yo sabré instruiros en estos secretos, señora. No tenéis sino dejaros guiar. Satisfaced mi deseo y no temáis, que yo respondo de todo y tomo el mal sobre mí. Mucho toséis, señora.

ELMIRA: Este catarro me tortura mucho.

TARTUFO: ¿Queréis un poco de jugo de regaliz?

ELMIRA: Bien veo que éste es un catarro pertinaz y todos los jugos del mundo no servirían de nada.

TARTUFO: Muy de lamentar es eso.

ELMIRA: Más de cuanto se puede decir.

TARTUFO: Como os explicaba, vuestro escrúpulo es fácil de destruir. Aquí estáis segura de un pleno secreto y el mal no consiste nunca sino en el escándalo que promueve. Sí; el escándalo del mundo es lo que produce la ofensa, y no es pecar, pecar a calladas.

ELMIRA (*Después de toser una vez más.*): Ya veo que es necesario prepararse a ceder, que debo otorgarlo todo y que, a no mediar esto, no me cabe persuadir. Desastroso es, sin duda, llegar a eso y muy a pesar mío lo hago; pero, puesto que se obstinan en reducirme a ello, puesto que no se cree en nada de lo que digo, y se quieren testimonios más

convincientes, menester es resolverse y contentar. Si mi consentimiento entraña alguna ofensa, recaiga sobre quien me fuerza a tal violencia. La culpa en verdad no es mía.

TARTUFO: Sí, señora; sobre mí recaer, y la cosa en sí...

ELMIRA: Os ruego que abráis la puerta y miréis si no estará mi esposo en esa galería.

TARTUFO: No merece la pena de que nos tomemos ese cuidado. Es hombre, hablando entre nosotros, fácil de conducir por las orejas. De todas nuestras pláticas él no hará sino elogios; que le he puesto en el punto de verlo todo y no creer nada.

ELMIRA: No importa. Os ruego que salgáis un momento y miréis con exactitud, toda la galería.

Escena VI

ORGON, ELMIRA

ORGON (*Saliendo de debajo de la mesa.*): Confieso que es un hombre abominable. No salgo de mi pasmo. Estoy abrumado.

ELMIRA: ¿Qué? ¿Tan pronto salís? ¿Queréis chancearos? Ea, ocultaos bajo el tapiz de nuevo, esperad al fin para ver las cosas ciertas y no os fiéis de meras conjeturas.

ORGON: No ha salido del infierno ser más malvado.

ELMIRA: Por Dios, no creáis demasiado a la ligera. Convenceos bien antes de rendiros y no os apresuréis, no vayáis a errar. (*Hace poner tras ella a su marido*).

Escena VII

TARTUFO, ELMIRA, ORGON

TARTUFO: Todo, señora conspira para contentarme. He examinado con la mirada toda esa estancia y nada se ve. Mi alma, en éxtasis...

ORGON: ¡Más despacio! Os entregáis en exceso a vuestra amorosa inclinación y no debéis apasionaros tanto. Queríais engañarme, ¿eh, hombre de bien? ¡Oh, cómo se libra vuestra alma de las tentaciones! Queréis desposar a mi hija y codiciáis a mi mujer. Mucho he dudado de que ello fuera cierto y esperaba que todos cambiasen de opinión; pero bien adelante se ha llevado el testimonio y no quiero pasar más allá.

ELMIRA (*A TARTUFO*): Todo esto lo he hecho contra mi voluntad, mas se me ha puesto en el caso de trataros así.

TARTUFO: ¿Cómo? ¿Creéis...?

ORGON: Dejaos de alborotos y despejad pronto de aquí sin andar en ceremonias.

TARTUFO: Mi propósito...

ORGON: Todos esos discursos no vienen a cuento. Hay que marcharse de casa y pronto.

TARTUFO: Vos, que tan altanero habláis, sois quien debe salir. La casa me pertenece, como lo haré conocer, mostrándoos cuán en vano se ha recurrido a estos viles rodeos para buscarme querella. Porque nada de lo que se piensa para ofenderme es cierto, y medios tengo de castigar y confundir la impostura, vengar al Cielo injuriado y hacer que se arrepientan aquellos que hablan de hacerme salir de aquí.

Escena VIII

ELMIRA, ORGON

ELMIRA: ¿Qué lenguaje es éste y qué quiere decir ese hombre?

ORGON: A fe que estoy confundido y no es caso de risa.

ELMIRA: ¿Cómo?

ORGON: Yo tengo la culpa de lo que me ha dicho. La donación me turba y...

ELMIRA: ¿La donación...?

ORGON: Sí; la había hecho ya. Y aun hay otra cosa más que me inquieta.

ELMIRA: ¿Qué es?

ORGON: Lo sabréis todo. Pero veamos cuanto antes si está donde estaba cierta arquilla que...

ACTO QUINTO

Escena I

ORGON, CLEANTO

CLEANTO: ¿Dónde pensáis acudir?

ORGON: ¡Ay! ¡Qué sé yo!

CLEANTO: Me parece que se debe empezar por consultar juntos, las cosas que cabe hacer en este suceso.

ORGON: La arqueta que dije me conturba el alma. Más me desespera ella que todo lo demás.

CLEANTO: ¿Tan importante misterio encierra esa arqueta?

ORGON: Es un depósito que Argas, el amigo a quien tanto añoro, me entregó con gran secreto al huir, eligiéndome a mí para guardarla porque, según me dijo, contiene papeles que afectan a su vida y hacienda.

CLEANTO: ¿Y por qué las entregasteis a otras manos?

ORGON: Fue motivo de caso de conciencia. Hice confidencias del asunto al que me ha traicionado, y con sus razonamientos vino a persuadirme a que le diese la arquilla para guardarla, a fin de que, en caso de investigación, tuviese yo un subterfugio que permitiere a mi conciencia jurar contra la verdad.

CLEANTO: Mal os veo, a juzgar por las apariencias. La donación y el asunto de ese cofrecillo son, a mi criterio, ligerezas de bulto. Con tales prendas en su poder, puede más que expulsarle; debisteis buscar algún arreglo amistoso.

ORGON: ¡Qué bajo un exterior de celo tan edificante se oculte un corazón tan doble y un alma tan pérfida! ¡Y yo que lo recibí cuando mendigaba y no poseía ningún bien! Desde hoy renuncio a todos los hombres honrados; tendré por ellos espantable horror y los rehuiré más que al diablo.

CLEANTO: ¡Qué arrebatos tenéis! Nunca mostráis un temperamento sereno. Vuestra razón no se atiene jamás a lo justo y siempre caéis de un exceso en otro. Habéis visto vuestro error y conocido que un falso fervor os ha chasqueado; pero, ¿qué, razón exige que, para corregiros, vayáis a caer en un error más grande aun, y que por el corazón de un pérfido bergante juzguéis el corazón de todos los hombres de bien? Porque un bribón os defraude audazmente bajo el pomposo esplendor de una faz austera, ¿queréis que todos sean como él y que no se halle hoy ningún verdadero devoto? Dejad a los libertinos estas sandias consecuencias, no confundáis la virtud con las apariencias de la virtud, no aventuréis nunca vuestra estima demasiado lejos y ateneos al justo medio, según conviene. Guardaos, si podéis, de honrar la impostura, mas no por ello ofendáis al verdadero celo, y, de haber de caer en uno de ambos extremos, inclinaos mejor al otro.

Escena II

DAMIS, ORGON, CLEANTO

DAMIS: ¿Es cierto, padre mío, que un bribón amenaza, que no hay beneficio vuestro que su alma no haya borrado y que su vil e indignante soberbia le lleva a forjar con vuestras bondades mas contra vos?

ORGON: Sí, hijo; y tengo pena incomparable.

DAMIS: Dejádme, que quiero cortarle las orejas. Contra tal insolencia ha de irse directamente a lo hechos. A mí me pertenece libraros de él de una vez matándole para salir de embarazos.

CLEANTO: Habéis hablado como joven, pero moderad, si os place, esos algareros transportes, que vivimos bajo un reinado y estamos en un tiempo en que no se conducen bien las cosas por la violencia.

Escena III

PERNELLE, MARIANA, ELMIRA, DORINA, DAMIS, ORGON, CLEANTO

PERNELLE: Terribles secretos he sabido aquí.

ORGON: Mis ojos han sido testigos de esas novedades. Ya veis el precio con que se pagan mis cuidados. Recojo a un hombre en su miseria, le albergo y tengo como mi propio hermano, le colmo de beneficios todos los días, le doy una hija y toda mi hacienda, y a la vez el pérfido e infame forma el negro propósito de seducir a mi mujer. Y, no contento aún con esas vilezas, osa amenazarme con mis propios beneficios, empleando, en ruina mía, las ventajas de que le han provisto mis imprudentes bondades. Pues piensa, en verdad, privarme de los bienes que le he transferido y reducirme a la condición de que yo le retiré.

DORINA: ¡Pobre hombre!

PERNELLE: No puedo creer, hijo mío, que Tartufo haya cometido una acción tan negra.

ORGON: ¿Eh?

PERNELLE: A los hombres honrados siempre se les envidia.

ORGON: ¿Qué queréis decir con esos discursos, madre mía?

PERNELLE: Que en vuestra casa se vive de modo singular y bien sabemos el odio que por Tartufo se abriga.

ORGON: ¿Qué tiene que ver ese odio con lo que os digo?

PERNELLE: Cien veces os he dicho, siendo vos pequeño, que en este mundo la virtud es siempre perseguida. Porque mueren los envidiosos, pero la envidia jamás.

ORGON: Esas razones, ¿qué relación guardan con las cosas de hoy?

PERNELLE: Se os deben haber dicho cien necios cuentos a propósito de Tartufo.

ORGON: Os digo que lo he visto yo mismo todo.

PERNELLE: La perfidia de los espíritus maledicentes es extrema.

ORGON: Me haréis perder el tino, madre mía. Os digo que he visto con mis propios ojos ese crimen tan osado.

PERNELLE: Las lenguas tienen siempre veneno que derramar y nada respetan en este mundo.

ORGON: Todo eso no son sino despropósitos. Lo he visto, lo he visto; os digo que lo he visto con mis propios ojos, lo que se llama visto. ¿Es necesario repetíroslo cien veces al oído y gritar como cuatro?

PERNELLE: A menudo las apariencias engañan y no siempre se puede juzgar por lo que se ve.

ORGON: ¡Oh!

PERNELLE: La naturaleza está sometida a las sospechas falsas y muy a menudo

se interpreta el bien como mal.

ORGON: ¿Debo considerar una solicitud caritativa el deseo de abrazar a mi mujer?

PERNELLE: Para acusar a la gente son menester justas causas y debéis esperar a veros seguro de las cosas.

ORGON: ¡Oh, diantre! ¿Por qué medio asegurarme mejor? ¿Querríais, madre mía, que para cerciorarme más, hubiera esperado a que él...? ¡Acabaréis haciéndome decir alguna mala razón!

PERNELLE: Se ve en Tartufo un alma llena de purísimo celo, y no puedo llegar a convencerme de que haya tentado las cosas que se dice.

ORGON: Si no fuereis mi madre no sólo que os contestaría, porque estoy encolerizado en extremo.

DORINA: Justo pago, señor, de lo que pasaba aquí. No queríais creer y no se os cree.

CLEANTO: Estamos perdiendo el tiempo en puras fruslerías. Es necesario emplearlo en tomar medidas, porque no deben despreciarse las amenazas de ese bellaco.

DAMIS: ¿Llegaría su desvergüenza al punto...?

ELMIRA: No lo creo posible, aunque su ingratitud es harto notoria.

CLEANTO: No os fiéis. Él buscará medios para dar razones de sus esfuerzos contra vosotros. Por menos que eso puede la fuerza de una maquinación enzarzar a las gentes en un desastroso dédalo. Os repito que, poseyendo lo que en su favor posee, no debíais haberle expulsado de ese modo.

ORGON: Cierto, pero ¿qué queréis? Viendo la soberbia de ese traidor no fui dueño de mis resentimientos.

CLEANTO: Quisiera en verdad que se estableciese entre los dos alguna manera pacífica de reanudar vuestros tratos.

ELMIRA: De haber sabido que Tartufo poseía tales armas, no hubiese dado motivo a estas inquietudes, y mis...

ORGON (*Viendo entrar a LEAL, y dirigiéndose a DORINA*): ¿Qué quiere ese hombre? Ir a verlo. ¡En buen estado me hallo para visitas!

Escena IV

LEAL, PERNELLE, ORGON, DAMIS, MARIANA, DORINA, ELMIRA, CLEANTO

LEAL: Buenos días, querida hermana. Os ruego que me hagáis hablar con vuestro señor.

DORINA: Está acompañado y dudo que pueda ahora recibir a nadie.

LEAL: No vengo a ser importune. No creo que mi llegada tenga nada que le desagrade, pues vengo para una cosa que sin duda le complacerá.

DORINA: ¿Vuestro nombre?

LEAL: Decidle solamente que vengo de parte del señor Tartufo, por su bien.

DORINA (*A ORGON*): Es un hombre que llega con muy mansas maneras de parte del señor Tartufo, para una cosa que dice que os complacerá.

CLEANTO: Procede ver quién es ese hombre y lo que quiere.

ORGON: Quizás trate de reconciliarnos. ¿Cómo debo obrar con él?

CLEANTO: No mostréis vuestro resentimiento. Si habla de un convenio, ha de

escuchársele.

LEAL: Salud, señor. El Cielo condene a quien quiera perjudicaros y Dios os sea favorable como lo deseo.

ORGON (*Aparte.*): Ese suave principio concuerda con mi criterio y presagia algún reacomodo.

LEAL: Siempre vuestra casa me ha sido muy querida, y fui servidor de vuestro señor padre.

ORGON: Me avergüenza, señor, y me obliga a pedir os perdón el no conocer os ni saber vuestro nombre.

LEAL: Me llamo Leal y soy natural de Normandía. Alguacil de justicia soy, pese a la envidia, y desde hace cuarenta años tengo, gracias al Cielo, la dicha de ejercer mi cargo con mucha honra. Vengo, señor, con vuestra licencia, a presentar os un mandato judicial...

ORGON: ¿Cómo? ¿Estáis aquí...?

LEAL: No os incomodéis, señor. Sólo traigo una intimación para que vos y los vuestros desalojéis esta casa, llevándo os vuestros muebles para dejar lugar a otro y eso es menester que se haga sin dilación ni aplazamiento algunos.

ORGON: ¿Salir yo de mi casa?

LEAL: Sí, si os place, señor. La casa ahora, como sabéis, pertenece sin disputa al bondadoso señor Tartufo, quien es de vuestros bienes dueño y señor en virtud del contrato que conmigo traigo y que está en buena forma, sin que nada quepa alegar.

DAMIS: En verdad que me admira tan gran desvergüenza.

LEAL: No hablo con vos, señor, sino a este señor, que es razonable, benigno y harto diestro en el oficio de hombre de bien para oponerse a la justicia.

ORGON: Pero...

LEAL: Sí, señor; sé que ni por un millón consentiríais en rebelaros, sino que permitiríais, como persona honrada, que yo ejecute aquí las órdenes que me dan.

DAMIS: Bien podrá ser que aquí atraigáis, señor alguacil de justicia, una mano de bastonazos sobre vuestro jubón negro.

LEAL: Haced que vuestro hijo se calle o se retire, señor. Mucho sentiría levantar atestado y verle acusado por demanda mía.

DORINA: Este señor Leal tiene traza de muy desleal.

LEAL: Con todas las gentes de bien guardo muchos miramientos; y no me he encargado de esta diligencia, señor, sino por serviros y satisfacer os, impidiendo que hubiesen designado a otro que, no teniendo por vos el celo, que yo, hubiera podido proceder con menos suavidad.

ORGON: ¿Puede haber cosa peor que mandar a las gentes salir de su propia casa?

LEAL: Se os deja tiempo. Daré hasta mañana dilatoria de la ejecución del mandato. Únicamente vendré a pasar aquí la noche con diez de mis hombres, sin escándalo ni ruido algunos, y se deberá, sólo por fórmula, darme, antes de acostaros, las llaves de vuestra puerta. Yo cuidaré de no turbar vuestro reposo ni permitir ninguna inconveniencia. Pero mañana temprano deberéis estar en condiciones de sacar de aquí hasta el menor utensilio. Mis hombres os ayudarán, que los he elegido recios para que puedan haceros servicio de sacarlo todo. Paréceme que no puedo portarme mejor y, ya que os trato con tanta indulgencia, espero, señor, que os conduzcáis bien y hagáis que no se me estorbe en nada en el ejercicio de mi cargo.

ORGON: Con grandísimo placer daría ahora mismo los cien mejores luises que me quedan con tal de descargar en esa jeta la puñada mayor que pueda asestarse.

CLEANTO: No precipitemos las cosas.

DAMIS: Cuéstate trabajo contenerme ante tan singular audacia, y siento que se me escapa la mano.

DORINA: A fe mía, señor Leal, creo que a unas espaldas como las vuestras no les sentarían mal algunos bastonazos.

LEAL: Bien cabría castigar esas infames palabras, amiga mía; que también se decreta contra las mujeres.

CLEANTO: Concluyamos, señor; basta ya. Servíos darnos ese papel y marchaos.

LEAL: Hasta la vista. El Cielo os haga vivir con alegría a todos.

CLEANTO: ¡Así te confunda a ti y al que te envía!

Escena V

ORGON, CLEANTO, MARIANA, ELMIRA, PERNELLE, DAMIS, DORINA

ORGON: Ya veis si yo tenía razón, madre mía. Por esta hazaña, juzgad el resto. ¿Comprendéis al fin sus traiciones?

PERNELLE: Estoy tartamuda de pasmo y me parece haber caído de las nubes.

DORINA: Sin razón os quejáis y censuráis a Tartufo; que todo esto confirma sus piadosos designios, y sabed que su virtud se colma en el amor que del prójimo tiene. Bien sabe que las riquezas corrompen al hombre, y por pura caridad desea quitaros cuanto puede ser obstáculo a vuestra salvación.

ORGON: Callaos. Nunca se os puede decir otra cosa que ésta.

CLEANTO: Veamos qué consejo se puede elegir.

ELMIRA: Ha de ponerse en evidencia la audacia del ingrato, porque este proceder destruirá la virtud del convenio y la deslealtad de Tartufo parecerá tan negra que no pueda lograr el triunfo de que se jacta.

Escena VI

VALERIO, ORGON, PERNELLE, ELMIRA, CLEANTO, DAMIS, MARIANA, DORINA

VALERIO: Lamento, señor, venir a afligiros, mas os veo apremiado por grave riesgo. Un amigo a quien me une tierna amistad y que sabe el interés que tengo para dedicaros, ha dado en mi favor el delicado paso de violar el secreto debido a los asuntos de Estado, enviándome un aviso en virtud del cual os conviene emprender inmediata huida. El malvado que durante tanto tiempo se ha impuesto a vos, os ha delatado ante el príncipe hace una hora, entregando en sus manos la importante arqueta del que acusa de ser un criminal de Estado, arqueta de la cual vos, con desprecio, según ese hombre, de los deberes de súbito, conservasteis el culpable secreto. Ignoro los detalles del crimen que se os atribuye, pero se ha dado orden de prisión contra vos, y, para ejecutarla mejor, se ha ordenado que Tartufo acompañe al encargado de prenderos.

CLEANTO: Ya ha esgrimido sus armas y así quiere el traidor adueñarse de los bienes que pretende.

ORGON: Os declaro que el hombre es un animal perverso.

VALERIO: La menor dilación puede seros fatal. Tengo mi carroza a la puerta, para

llevaros, y aquí os traigo mil luises. No perdamos tiempo; el golpe es fulminante y de aquellos que sólo huyendo se rechazan. Me ofrezco a conducirlos a lugar seguro y quiero acompañaros hasta el final en vuestra fuga.

ORGON: ¡Oh, y qué no debo yo a vuestros bondadosos cuidados! Hora llegará de poder daros gracias, y pido al Cielo que me sea lo bastante propicio para pagar algún día este servicio tan generoso. Adiós, todos, y atended a que...

CLEANTO: Daos prisa. Nosotros atenderemos, hermano, a hacer lo que conviene.

Escena VII

EL EXENTO, TARTUFO, VALERIO, ORGON, ELMIRA, CLEANTO, PERNELLE, MARIANA, DAMIS, DORINA

TARTUFO: Calma, señor, calma; no corráis con tal aire. No necesitaréis ir muy lejos para encontrar vuestro retiro, porque se os va a prender en nombre del príncipe.

ORGON: ¡Ah, traidor, para el final reservabas este golpe con que me ejecutas y coronas todas tus perfidias!

TARTUFO: Vuestras injurias no lograrán encolerizarme, que he aprendido a sufrirlo todo por el Cielo.

CLEANTO: ¡Gran moderación, en verdad!

DAMIS: ¡Qué descaradamente se mofa del Cielo el infame!

TARTUFO: Todos vuestros arrebatos no me conmoverán ni pensaré en nada sino en cumplir mi deber.

MARIANA: Mucha gloria podréis pretender por esto, y es un cargo muy honroso para vos.

TARTUFO: Ningún cargo podría ser sino glorioso emanando del poder que a este lugar me envía.

ORGON: ¿Y no recuerdas, ingrato que mi mano caritativa te retiró de un estado miserable?

TARTUFO: Sí, conozco los socorros que he podido recibir, pero el interés del príncipe es mi primer deber, y la justa violencia de este deber sagrado ahoga todo reconocimiento en mi corazón, a tal punto que a tan potentes obligaciones sacrificaría amigos, mujer, parientes y hasta mi misma persona.

ELMIRA: ¡Impostor!

DORINA: ¡Cuán traicioneramente sabe encubrirse con todas las cosas venerables!

CLEANTO: Si ese celo del que alardeáis y que os impulsa es tan perfecto como decís, ¿por qué, para delatar a vuestro bienhechor, habéis esperado a que él os sorprendiese persiguiendo a su mujer y se viera obligado a expulsaros de casa, mirando a su honor? No os hablo ya de la donación que de todos sus bienes acababa de hacerlos; pero, si queréis acusarle de culpable hoy, ¿por qué consentisteis en tomar cosa alguna de él?

TARTUFO (Al EXENTO): Libradme, señor, de estas pláticas menudas y dignaos, os o ruego, cumplir vuestra orden.

EL EXENTO: Sí; demasiado la estamos demorando y vuestra boca muy oportunamente me inclina cumplirla, señor Tartufo. Para ejecutarla, seguidme muy luego a la prisión que se os da por morada.

TARTUFO: ¿Cómo? ¿A mí, señor?

EL EXENTO: Sí, a vos.

TARTUFO: ¿Por qué?

EL EXENTO: No necesito daros razones a vos. No os irritéis tanto. Vivimos bajo un príncipe enemigo del fraude, de un príncipe cuyos ojos leen en los corazones y a quien no engaña todo el arte de los impostores. Su alma grande, posesora de fino discernimiento, sabe mirar rectamente todas las cosas. Nunca hay nada que logre tener en extremo entrada a esa alma, ni cae en ningún exceso su firme razón. Siempre da a los hombres de bien gloria inmortal, hace brillar su celo sin ceguera, y el amor por los verdaderos no cierra su corazón al horror que deben inspirar todos los falsos. No era este lance cosa que pudiese sorprender al príncipe, que de artimañas más sutiles se le ha visto triunfar. Desde el comienzo ha visto con viva claridad todas las vilezas que este hombre oculta en los repliegues de su corazón. (A **ORGON**). Al ir a acusaros, se ha acusado él mismo, y, por un justo movimiento de la equidad suprema, se ha descubierto que Tartufo es un pícaro renombrado, de quien el príncipe, bajo otro apellido, estaba informado ya. Una larga lista de negras acciones tiene, este hombre, con las que se podrían formar volúmenes de historias. En fin, el monarca, viendo la vil ingratitud y deslealtad de vuestro enemigo, ha unido a los otros horrores de este mal hechor el presente acto, y si me ha enviado aquí ha sido sólo para ver a qué fin llevaba el pérfido su descaró, y para hacerlos y hacerle razón de todo. De todos vuestros papeles, de los que vuestro enemigo se decía dueño, quiere el príncipe que yo despoje al traidor y los ponga en vuestras manos, y quiere también el soberano poder del monarca destruir las obligaciones del contrato en que donabais todos vuestros bienes. Os es perdonada, en fin, la ofensa secreta en que os hizo incurrir la fuga de un amigo, y éste es el premio que da el monarca al celo que antaño se os ha visto atestiguar en defensa de los regios derechos, mostrando así que el corazón del príncipe, cuando menos se espera, recompensa las buenas acciones; que nunca el mérito con él pierde nada y que más recuerda lo bueno que lo malo.

DORINA: ¡Loado sea el Cielo!

PERNELLE: Respiro.

ELMIRA: ¡Favorable lance!

MARIANA: ¿Quién lo hubiera dicho?

ORGON (A TARTUFO): ¿Ves, traidor, como...?

CLEANTO: Callad, hermano mío, y no descendáis a indignidades. Dejad a su destino a un miserable y no os undis al remordimiento que le colma. Desead, antes bien, que su corazón haga hoy un feliz retorno al seno de la virtud, que corrija su vida detestando sus vicios y que así pueda mitigar la severidad de la justicia del gran príncipe, mientras vos os arrodilláis ante vuestro soberano como lo exige tan benigno comportamiento.

ORGON: Bien dicho está; corramos a sus pies con alegría y felicitémonos de las bondades que su corazón despliega. Y, una vez cumplido este primordial deber, proveamos a las justas atenciones de otro más, y con un dulce himeneo coronemos en Valerio la llama de un amante sincero y generoso.

FIN



MOLIÈRE (1622-1673), de nombre verdadero Jean-Baptiste Poquelin fue un dramaturgo y actor francés nacido en una familia de la rica burguesía comerciante ya que su padre desempeñaba el cargo de tapicero real. Molière perdió a su madre a la edad de diez años. Alumno en el colegio jesuita de Clermont hasta 1639, se licenció en la facultad de derecho de Orleans, en 1642.

Molière se relacionaba entonces con el círculo del filósofo epicúreo Gassendi y de los libertinos Chapelle, Cyrano de Bergerac y D'Assoucy. En 1643, haciéndose ya llamar Molière, fundó *L'illustre Théâtre*, junto con la comedianta Madeleine Béjart; dirigida por ella, primero, y luego por él mismo, la joven compañía intentó establecerse en París, pero el proyecto fracasó en 1645, por falta de medios, y Molière permaneció unos días arrestado por deudas.

Recorrió entonces las regiones del sur de Francia, durante trece años, con el grupo encabezado por Dufresne, al que sustituyó como director a partir de 1650. Es probable que la compañía representara entonces tragedias de autores contemporáneos (*Corneille, entre otros*) y las primeras farsas de Molière, a menudo constituidas por guiones rudimentarios sobre los cuales los actores improvisaban al estilo de la *commedia dell'arte*.

La compañía se estableció en París, con el nombre de *Troupe de Monsieur*, en 1658, y obtuvo su primer éxito importante con la sátira *Las preciosas ridículas*, un año después. En 1660 creó el personaje de Sganarelle, al cual recuperaría muchas veces en otras obras y al que siempre interpretó él mismo, en la comedia del mismo nombre; pero Molière, que perseguía la fama de Corneille y Racine, no triunfó en el género de la tragedia: Don García de Navarra, obra en la que había invertido mucho esfuerzo, fracasó rotundamente. *La escuela de las mujeres* (1662) fue su primera obra maestra, con la que se ganaría el favor de Luis XIV.

Los detractores del dramaturgo criticaron su matrimonio con Armande Béjart, celebrado unos meses antes; veinte años más joven que él, no se supo nunca si era hermana

o hija de Madeleine (*en cuyo caso Molière podría haber sido su padre, aunque la crítica moderna ha desmentido esta posibilidad*). Luis XIV apadrinó a su primer hijo, que murió poco después de su nacimiento, en 1664. En respuesta a las acusaciones de incesto, Molière escribió *El impromptu de Versailles*, que le enemistó con cierta parte de la clase influyente de París.

En 1663, mientras llevaba las tragedias de Racine al escenario y organizaba festivales en el palacio de Versalles, presentó los tres primeros actos de su *Tartufo*. El sentido irreverente y sacrílego que sus enemigos veían en sus obras generó una agria polémica que terminó con la prohibición de la obra, lo mismo que sucedería con *Don Juan* o *El festín de piedra*, tras sólo quince representaciones.

Acosado por sus detractores, especialmente desde la Iglesia, el principal apoyo de Molière era el favor del rey, que, sin embargo, resultaba caprichoso: las pensiones se prometían pero no se pagaban, y el autor hubo de responder a las incertidumbres económicas de su compañía abordando una ingente producción; en la temporada siguiente escribió cinco obras, de las que sólo *El médico a palos* fue un éxito.

Los problemas con el *Tartufo*, que proseguían, y las dificultades para mantener la compañía fueron quebrando su salud, mientras disminuía su producción; sin embargo, en estos años aparecen algunas de sus mejores obras: *El misántropo*, *El avaro* o *El enfermo imaginario*.

En 1673, durante la cuarta representación de esta última obra, sintió unos violentos dolores; trasladado a su casa, murió a las pocas horas. El rey debió intervenir para que la Iglesia le concediera el derecho a tierra santa, si bien fue enterrado de noche y prácticamente sin ceremonia.

El gran mérito de Molière consistió en adaptar la *commedia dell'arte* a las formas convencionales del teatro francés, para lo que unificó música, danza y texto y privilegió casi siempre los recursos cómicos, y en luchar contra las hipocresías de su tiempo mediante la ironía.